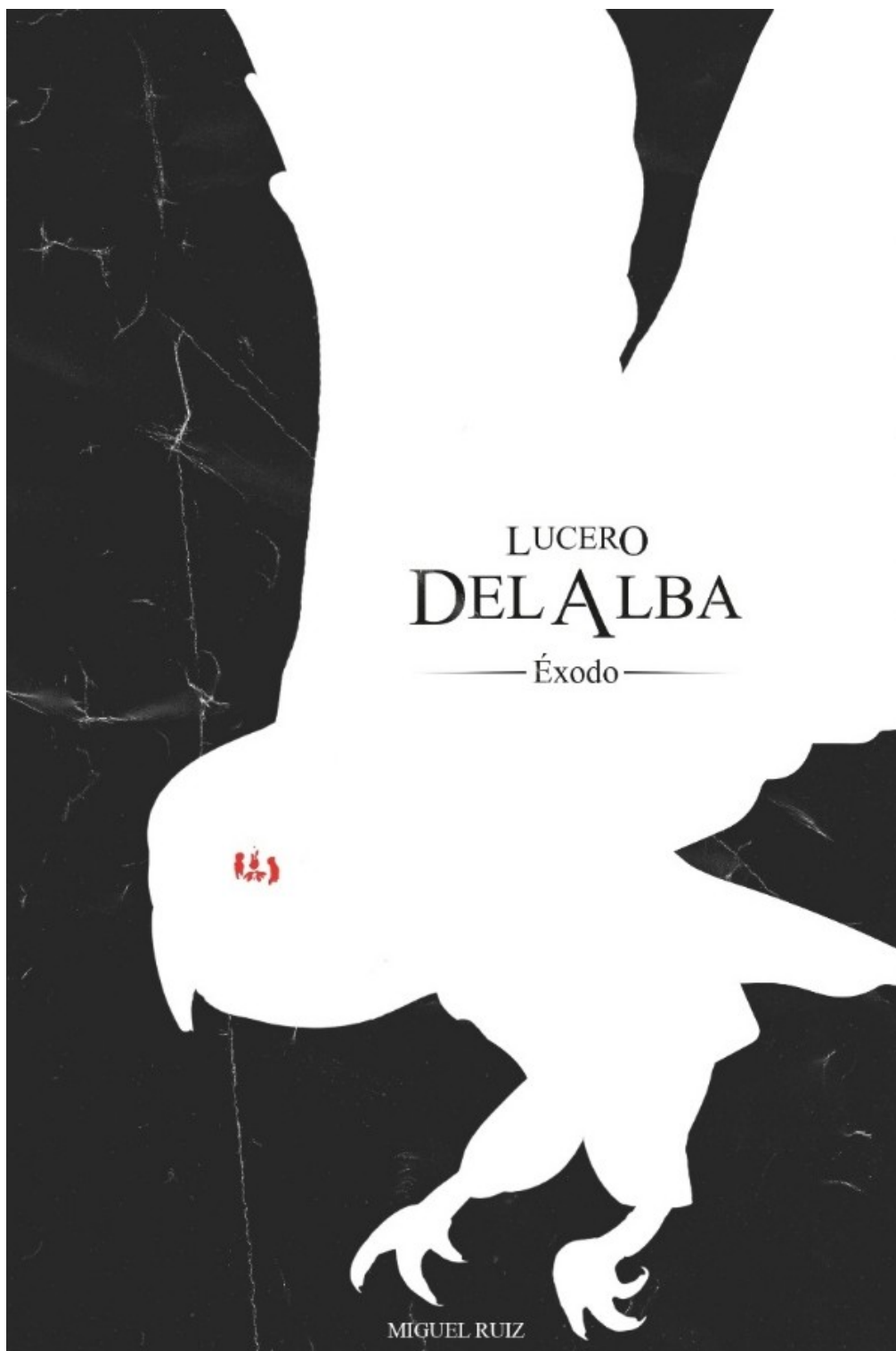


Lucero del Alba- Primera Costura: Éxodo

miguel angel ruiz jimenez



Capítulo 1

Prólogo

El Hombre que Perdió el Mundo

“Es impresionante la manera en que desperdicias mi poder. Mírate. Luces peor que una rosa marchita. Llegaste a ser el señor de todo, y lo perdiste con suma facilidad. Tenías el mundo a tu merced y lo perdiste.... “El Hombre que perdió el mundo”. Desde hace tiempo existe una duda que carcome mi curiosidad. ¿Cómo se siente mi espíritu corriendo a través de tus venas? Ya te lo hizo saber mi padre alguna vez, “Pagaras con la vida de ellas” ¿Recuerdas el pasado?, ¿A tus padres?, ¿Cómo era que vivían gracias a nosotros? Pues todo aquello regresará. Tendremos, una vez más, el maldito planeta a nuestra merced. Todo lo que has construido. Todo lo que has hecho, fue gracias a nosotros. Creíste, de manera ilusa, que tu vida había cambiado en el momento en que tus padres murieron. Cuando pasaste todo años en aquella prisión. Cuando te casaste. Cuando nació tu hija. Incluso cuando murió tu esposa. Tu vida no ha cambiado en absoluto, Aurel. A pesar de todo este tiempo sigues siendo el mismo niño asustado que corre por aquel bosque. Disfruta la libertad mientras puedas. Disfrútala hasta el momento en que traigas de regreso a mi padre y a mis hermanos. Y cuando lo hagas, porque lo harás, te obligaremos a ver el mundo que crearemos. Te mantendremos con vida el tiempo suficiente para que la culpa te destruya lentamente. Y al final de todo, cuando creas que al fin te libraras de tu miseria, la mataremos a ella. Justo frente a tus ojos. Aurel, en ese preciso momento será cuando comiences a vivir. Ahora, te voy a pedir un favor.... Di mi nombre. -Bethuz-. Le contestó sin titubear a aquella enorme bestia.

Capítulo 2

Cuando el primero de los dos se alce hacia el trono y los seis traigan su potestad por vez primera a la tierra hueca...

Cuando los faltos de corazón liberen la tierra del Lucero y el menor ímplate su semilla en el ingrato

Cuando Olivo pase a las manos del nuevo Alba y el líder de los rojos encuentre su camino en la senda dorada....

Cuando el pastor del Alba sea devorado por el segundo y el falso profeta lidere con su ojo único...

Y cuando el segundo haya arrancado la podredumbre de la estrella, será entonces cuando las laudes entonaran aquellas intrínsecas melodías, provocando así que las seis almas inmaculadas terminen con su acomedido... séase por la voluntad del Lucero, o por la voluntad del Alba...

Capítulo I

La Historia Carmesí

Sexto día del mes del Sol. Año 206. Cuarto Ciclo

Territorio de Lucero del Alba, La Señora Latente. Hogar de los seis pueblos aledaños, fundados por Elpidio Seppo y los Regicidas Alados.

Cabaña de Delvin, al Norte del pueblo de Ariandel.

Se despertó más temprano de lo habitual ya que el día de hoy era un día muy importante en su vida. Lanzó las sábanas amarillas hacia un lado y de un brinco se levantó entusiasmada. Sus pies descalzos sintieron la frialdad de la madera en cuanto la tocaron. Estiró sus brazos hacia arriba, movió la cadera de lado a lado para que sus huesos comenzaran a trabajar, después pegó un enorme bostezo y contempló su habitación.

Aquel lugar de paredes blancas tenía un aspecto muy extraño cada vez que se despertaba, como si lo hubiera olvidado mientras dormía y al día siguiente tuviera que reconocer todo nuevamente. Frente a ella estaba su viejo armario y a su derecha su tocador personal. Este último contaba con un enorme espejo ovalado que le servía para mirarse mientras se peinaba o se maquillaba. En el extremo opuesto de la habitación, a un lado de la puerta que lleva hacia el pasillo, se apreciaba una mesa recargada en una de las esquinas. En ella estaban acomodados, uno encima de otro, los libros que suele utilizar para estudiar en Camber. Sobre aquella mesa de estudio también se podía ver una libreta abierta y un tintero de cristal junto a ella. Después de haber verificado que todo estaba en su lugar

habitual, caminó, aún somnolienta, hacia el armario. Cuando estuvo cerca, sujetó ambas manijas circulares y lo abrió de par en par. Dentro del armario, colgados mediante ganchos de madera, se podían apreciar decenas de vestidos de todos los colores, blusas para vestir en un día normal y otras cuantas prendas de cuando era niña que aún guardaba. <Necesito deshacerme de todo esto>, pensó en cuanto observó el cúmulo de prendas.

Colocó su mano derecha bajo su mentón y meditó meticulosamente sobre que ropa iba a utilizar durante la ceremonia. Se imaginó a sí misma vestida con cada una de las prendas con las que contaba, pero ninguna de las imágenes le parecía lo suficientemente apropiada.

- ¡Ya sé! -. Exclamó después de lo que pareció un largo periodo de tiempo.

Su voz era tan dulce y aguda que asemejaba el cántico de un hermoso ruiseñor.

Se decidió por algo que la hiciera sentir cómoda y resguardada por su madre. Una hermosa blusa color salmón de mangas largas, cuello abierto, y un pantalón color caqui, el cual llegaba un poco por encima de los tobillos. Para el calzado eligió unos zapatos de cuero sin más.

La verdad ella nunca se preocupó tanto por su vestimenta como las demás chicas de su edad y por esa razón había utilizado el mismo par de zapatos los últimos cinco años. Rápidamente, se despojó de la ropa con la que había dormido la noche anterior. Una enorme camisa color blanca y unos calzoncillos rosas. Se quedó con los senos al aire mientras lanzaba la ropa sucia a la canasta que yacía en el suelo, a un lado del armario. Una vez que se vistió por completo, caminó de nuevo hasta la cama mientras acomodaba sus senos dentro de la blusa. No estaba de ánimos para utilizar sostén el día de hoy, pero aun así le preocupó un poco que sus pezones resaltaran a través de la tela. Cuando llegó hasta la cama, se dejó caer en el borde de esta. Al hacerlo, soltó una pequeña risa al sentir como todo su cuerpo se mecía debido a la fuerza con la que había aterrizado en ella. Insertó ambos pies en los zapatos, primero el derecho y después el izquierdo. Ató las agujetas rápidamente y se puso de pie. Comenzó a caminar a través de la habitación de lado a lado para que sus pies se ajustaran al calzado, esquivando el tapete color guindo que se encontraba frente al somier de la cama. Aquel tapete lo utilizaba cuando realizaba ejercicios físicos que le exigían estar en una posición horizontal y no le agradaba la idea de que su piel o su ropa se llenara de polvo. Una vez lista, se dispuso a colocar las sábanas de manera ordenada sobre su colchón. Terminó de tender su cama y se volteó a ver al espejo que estaba en su tocador, a un lado de la ventana por la cual se veía la corriente del río Ó Seighin pasando rápidamente entre los prados verdes repletos de árboles y montículos de rocas. Enderezó su espalda, movió los hombros hacia atrás y se sonrió a sí misma. Repasó con detalle cada milímetro de su rostro. Sus ojos verdes que brillaban igual que las hojas de los árboles después de haber sido mojadas por el sereno mañanero. Su cabello lacio que descendía como cascadas negras muy finas hasta llegar a sus codos. Aquella nariz delgada y respingada. Su frente ancha. Sus

mejillas rosadas. Los labios bermellones y su piel de color marfil cálido. Era hermosa, ella lo sabía, pero aun así vivía acomplejada por aquella belleza innata, pues creía que los hombres la buscaban solo como alivio carnal y que las mujeres la juzgaban a sus espaldas solo por ser más agraciada que ellas. Para ser una mujer era de una estatura alta. Un metro y setenta centímetros era la distancia que separaba la parte superior de su frente de sus talones.

-Como quisiera que pudieras verme, madre...-. Exclamó con nostalgia. La blusa color salmón había pertenecido a ella, al igual que la mayor parte de la ropa que poseía. Le encantaba utilizar su ropa ya que eso la hacía sentir cerca suya. Las utilizaba aun cuando le quedaban un poco holgadas ya que su madre fue una mujer mucho más alta y voluptuosa que ella. Le sonrió por segunda ocasión a su reflejo e inhaló todo el aire que pudo. El cuerpo que reflejaba aquel espejo era el de una joven mujer. Esbelto y hermoso. Apartó la vista del espejo y se aproximó hacia la puerta de la habitación. Antes de abrirla tomó el bolso de cuero que estaba colgado en la pared sobre un gancho de acero delgado. Introdujo el único tirante del bolso entre su cabeza y lo acomodó en su hombro izquierdo. Como ya era costumbre, deslizó el cierre del bolso hacia atrás y sacó de este una pequeña daga de hierro cubierta con una vaina de cuero, que después ocultó en uno de los bolsillos de su pantalón. Sintiéndose a salvo, salió de su habitación y miró el pasillo que llevaba hasta la cocina. Las paredes del pasillo estaban fabricadas a base de roble oscuro bañadas en capas de pintura color blanco y contaban con unos zócalos de madera de pino. De igual manera, las paredes estaban adornadas con varios cuadros y pinturas pertenecientes a sus progenitores. En ellos se podían apreciar distintos paisajes de Lucero del Alba que algun pintor debió haber inmortalizado hacía ya más de medio siglo. Algunos eran cuadrados. Otros rectangulares. Unos estaban dibujados con colores cálidos y otros tantos con colores fríos, pero en el centro de todos se encontraba el más grande y ostentoso. Aquel cuadro se trataba de un autorretrato de su padre. En otro de ellos estaba pintado el rostro de su bella madre. De no haber sido por esos lienzos habría olvidado el rostro de sus padres hace mucho tiempo. Comenzó a avanzar por el pasillo mientras sus padres la seguían con la mirada. Con cada paso que daba la madera rechinaba, así que caminó frente a la habitación de Delvin lo más despacio que pudo para no despertarlo. Dejó atrás la habitación y llegó a la cocina. No se detuvo a contemplarla, pues todo estaba exactamente como lo dejó la noche anterior. Las alacenas pegadas a la pared estaban cerradas, la hoguera central estaba apagada y en la mesa se encontraba un cuenco de madera en el cual reposaba una cuchara de hierro y un vaso de cristal. A su derecha, justo frente a la cocina, se encontraba el salón. Dentro de aquella habitación, justo al fondo, se podía observar una enorme chimenea. Muy cerca de esta última, se observaban tres sillones acolchonados con seda alrededor de una pequeña mesa rectangular fabricada de roble que descansaba sobre una alfombra de lana de oveja color beige. Caminó mirando los restos de comida que seguían en el cuenco y se detuvo en seco cuando llegó hasta la puerta principal. Se

trataba de un enorme rectángulo de madera de abedul tallado a mano. Sujetó el pomo circular de hierro con su mano derecha y lo giró suavemente en sentido opuesto a las manecillas del reloj. El seguro de la puerta se liberó y en un solo movimiento se abrió de par en par. Frente a ella ahora apareció el hermoso paisaje verde que había visto por más de diez años y del que nunca se cansaría. Lo primero que hizo fue observar el cielo. Este la recibió con una sonrisa que se dibujaba con las escasas nubes que eran arrastradas por la corriente del aire. Estaba amaneciendo. A esa hora el cielo tenía un aspecto carmesí y los pocos rayos de luz se comenzaban a asomar por el horizonte, al igual que aquel enorme astro que daba vida a los árboles y flores que abundaban por las tierras de Hinode. La madera con la que estaba fabricada la cabaña donde vivían era de roble. Cada uno de esos troncos, que ahora no eran más que tablas clavadas unas a las otras, habían sido talados y colocados personalmente por un joven Delvin enamorado de apenas veinticinco años. Todo aquello con la única finalidad de vivir con su prometida en aquel entonces. La fachada de la cabaña medía veinte metros de largo por tres de altura. Contaba con una ventana a cada lado de la puerta, las cuales estaban cerradas en ese momento. Solo se podía observar las cortinas amarillas a través del cristal. La ventana derecha estaba en la cocina y la ventana izquierda estaba justo en el salón. La losa de la cabaña había sido fabricada con cientos de pequeños ladrillos anaranjados, cada uno de ellos estaba muy bien adherido al resto para evitar que se desplomara, y era sostenida por cinco columnas muy delgadas a lo largo de toda la fachada. Frente a la cabaña se creaba una pequeña valla, unida a las columnas, de unos sesenta centímetros de alto que delimitaba la entrada y esta era adornada por un grupo de arbustos que la recorrían por completo. Del lado izquierdo de la losa, muy cerca al borde, emergía una larga y delgada chimenea fabricada con los mismos ladrillos. En la parte izquierda de la cabaña, de uno de sus laterales, colgaba una hermosa enredadera de tulipanes rosas que se mecía con la corriente de aire. Ella sabía que ese lugar guardaba cientos de recuerdos y esperaba que Delvin se los contara algún día. Cerró la puerta detrás de ella con cuidado para no hacer ningún ruido. Caminó por la entrada de la cabaña y se detuvo justo donde la pequeña valla comenzaba. El techo aún cubría su cabeza. Todo a su alrededor era de color verde, pues su cabaña estaba muy próxima al Bosque de los Cánticos Diurnos. Escuchaba a los pajarillos cantar y sentía la brisa del aire en todo su cuerpo. Al oeste de la cabaña cruzaba el río Ó Seighin, el río más largo de Hinode, el cual recorría kilómetros y kilómetros a lo largo de toda Lucero del Alba. Al noroeste de la cabaña se podía observar, a lo lejos, una enorme cascada que descendía a través de la Cordillera del Rey, nombre que se le dio para inmortalizar a los tres primeros reyes que gobernaron las tierras de La Señora Latente, y que era formada por tres enormes montañas adyacentes. Le encantaba ese lugar. Todo era paz y tranquilidad. Comenzó a caminar por el sendero de tierra que se había creado en el suelo gracias a las incontables pisadas que había sufrido. Giró hacia la derecha de la cabaña y se dirigió al frondoso manzano que estaba situado en la parte posterior de la misma. En su

camino hacia el manzano pasó junto al huerto. Este era pequeño y estaba rodeado por una valla de madera color blanca. Ella misma se encargaba de regar las flores y los cultivos que utilizaban para preparar sus alimentos, los cuales iban desde zanahorias hasta patatas, y de tulipanes hasta hermosos girasoles. Más allá del final de la cabaña, donde el césped no tiene fin, se veía el viejo manzano. Sus enormes ramas, cubiertas de numerosas y frondosas hojas verdes, asemejaban un par de brazos extendidos que buscan el abrazo de un amigo al cual no se le ha visto por mucho tiempo. Al llegar a él, tomó una de las manzanas y la jaló con fuerza. La rama entera se movió de arriba abajo haciendo que todas sus hermanas danzaran de alegría al ver como una de ellas había madurado por completo. La observó unos segundos antes de comerla. Su color era muy intenso. No soportó la tentación y le dio una enorme mordida. Eran las mejores manzanas que había comido en su vida. Podría comerlas por el resto de su vida y nunca se cansaría de ellas. Dio una segunda mordida, esta vez mas grande. Sonrió al ver que todo salía bien, que todo estaba bien. Terminó de comer la fruta y lanzó el corazón de esta a las raíces del árbol para que le sirvieran de abono. Se limpió los restos de saliva que habían quedado en la comisura de sus labios con el dorso de su mano. Le dio la espalda al manzano y observó como la corriente del río avanzaba rápidamente. Aquella corriente de agua estaba al nivel del suelo y se movía con mucha tranquilidad. En el agua se podía ver una pequeña parvada de cisnes que nadaban muy tranquilamente mientras la marea los llevaba hasta donde fuera que fuese su destino. Se alejó del árbol y ahora se dirigió hasta la parte posterior de la cabaña. En esa parte de la vivienda contaban con otra puerta de madera que servía como acceso secundario. Frente a ella, no muy alejada de la orilla del río, se encontraba una pequeña caseta de jardín donde almacenaban todo lo que necesitaban para cultivar las flores y el alimento para los caballos. Más allá de la caseta estaba el redil. Se trataba un extenso rectángulo de doscientos metros cuadrados donde los animales pastaban y corrían libremente. Se acercó hasta la valla del redil, la cual tenía una altura de un metro con sesenta centímetros. Apoyó su pie derecho en uno de los barrotes de madera, sujetó con ambas manos la parte superior de la valla y se trepó en ella. Colocó ambos brazos a lo largo del barrote y llamó a su caballo. El animal, al escuchar a su dueña, corrió alegremente hacia ella. -Buenos días, muchacho-. Lo saludó.

Su caballo albino se llamaba Viento. Aquel corcel de ojos azules y crin dorado tenía su pelaje limpio y muy bien peinado. Ella se encargaba de cuidar a su fiel mascota todos los días sin falta. Su silla de montar, color negro y de bordados blancos, se apreciaba en la espalda del caballo, ya que ella se la había colocado la noche anterior para no perder tiempo. Apartó su mano derecha de la valla y acarició la nuca del animal. El caballo relinchó de gusto al sentir la caricia.

-Buenos días a ti también, hermosa.

A ellos se había acercado la yegua negra que hasta hace un momento jugaba cariñosamente con Viento. La cual, por nombre tenía Joya. Hace no más de cinco años, mientras Delvin y ella buscaban entre el

bosque algo para saciar su hambre, encontraron al pobre animal tendido sobre el suelo. La yegua se encontraba herida gracias a una flecha que había impactado en su estómago. Ambos dos se sintieron conmovidos debidos a los gemidos de dolor que la yegua expulsaba de sus pulmones, pues, añadido a la herida, también presentaba indicios de deshidratación e inanición extrema. Desde aquel entonces, después de haberla cuidado durante semanas hasta que pudo galopar nuevamente, Delvin creó un vínculo muy cercano con Joya. Tanto fue así que la nombró su fiel mascota.

Sin pensarlo más, bajó de la valla de un brinco y abrió el redil. Tomó a Viento por las riendas y lo guio hasta estar fuera. Cuando lo hizo, cerró la puerta para que la yegua no saliera. Sujetó su bolso con ambas manos y lo llevó hacia su espalda para que no le molestara. Se montó en su caballo y le dio la orden de que comenzara a avanzar. El animal levantó ambas patas delanteras y acto seguido comenzó a galopar rápidamente hacia el sureste, rumbo a la capital. Ambos atravesaron, de manera horizontal, la mayor parte del territorio de Lucero del Alba. A los cinco minutos de viaje se toparon con el puente Broke. El puente estaba construido por encima del río Ó Seighin. Su estructura estaba hecha de piedra caliza y formaba un arco hacia arriba que parecía abrazar a los individuos que lo atravesaban. En la parte superior del arco se encontraba tallado el busto de un caballo que observaba a todo aquel que pasaba por el puente con su mirada penetrante. Nadie sabe lo viejo que es ese puente, y hay quienes afirman que se construyó mucho antes de que el Primer Ciclo diera inicio. Mientras su caballo cruzaba rápidamente los diez metros que medía el puente, ella miró fijamente a los ojos de piedra de aquel animal como lo hacía cada vez que pasaba por ahí.

<Dame suerte>, pensó.

Continuaron su recorrido por las praderas y bosques. Después de haberse alejado unos cinco kilómetros de la cabaña, llegaron al segundo puente que interceptaba su trayecto. El puente Astor. Aquella construcción servía para cruzar de lado a lado el río Tartarus, el segundo río del territorio albano y mucho más pequeño que su hermano el Ó Seighin. Este puente era del mismo material que el Broke, pero con la diferencia que este no contaba con un arco encima de él. Se trataba de una estructura con una pequeña curvatura que subía y después caía sutilmente. No excedía los seis metros de largo. La mayor parte de este puente estaba cubierta de moho y de hierba que habían crecido debido a la humedad del agua que corría bajo él.

Cruzaron el segundo puente velozmente mientras ella mantenía su mirada fija al inmenso mar que poco a poco aparecía a lo lejos, y con él, Skywind, la capital de Lucero del Alba.

Skywind era el pueblo que se encargaba del comercio y de la pesca, ya que estaba muy cerca del mar. En ella también se encontraba el colegio de Camber, el puerto Casquet, perteneciente a la familia que lleva el mismo apellido, el Distrito de Olivo, la Destilería Gray, y por supuesto, el Palacio de Olivo, lugar donde reside el gobierno del Rey Soberano del territorio Albano; Octavio Geld II, comúnmente conocido como el Rey de

Cristal.

Una hora entera transcurrió desde que ambos partieron de la cabaña antes de llegar a su destino. El camino que llevaba hasta la entrada de la capital se trataba un sendero de tierra rodeado por árboles y algunas construcciones de piedra. Entre ellas se apreciaba una pequeña granja, los establos, un enorme granero hecho de piedra y un puesto secundario donde los guardias del pueblo solían descansar y asearse. Más allá del sendero, bajando por una colina, se podía contemplar el enorme mar de Absol. En él se encontraba el puerto Casquet, el cual se encargaba de los envíos marítimos hacia todas las regiones de Hollow. Sobre el agua se encontraban anclados numerosos y enormes barcos de madera con velas negras hondeando de manera orgullosa el majestuoso búho, todos a la espera de que el capitán diera la señal de partir. Los trabajadores caminaban rápidamente sobre los tablones de madera llevando las mercancías hacia el barco. Enormes cajas, barriles de aguamiel, animales y cientos de armas y armaduras. También se podía escuchar las campanadas que avisaban que una embarcación estaba próxima a arribar. Las embarcaciones eran guiadas por un enorme faro de piedra que estaba en la orilla del mar, y, sobre él, una enorme llamarada naranja ardía ávidamente.

Montada en Viento, cabalgó por el sendero de tierra entre la gente que se dirigía a realizar sus labores cotidianas hasta estar frente a las murallas de piedra de la capital. De aquellos rocosos y robustos muros colgaban los estandartes de Skywind: el pez espada, de color verde olivo, y el de Lucero del Alba: el búho que mira hacia el oeste, de un color gris intenso. Dicho búho contaba con dos grietas que recorrían diagonalmente su único ojo visible. Ambos estandartes estaban fabricados de las telas más finas. Los guardias de Skywind ya conocían a la joven que se acercaba hacia la entrada. Los hombres vestían la armadura de Olivo y empuñaban con orgullo el escudo en su brazo izquierdo, el cual tenía grabado el mismo pez espada del estandarte. Una vez llegó hasta ellos, los saludó amablemente y los guardias abrieron las enormes puertas de madera para que pasara. Una vez dentro, desmontó a Viento, pues estaba prohibido montar a caballo dentro de la capital, y lo guio con su rienda. Por dentro, Skywind era muy diferente al resto de pueblos del territorio Albano. Lo primero que uno veía al entrar en ella era una enorme estatua de mármol que daba vida al pez espada. Dicha representación descansaba sobre un pedestal del mismo material. Más allá del animal marino que recibe a los invitados, las construcciones de piedra seguían una línea recta que era dividida por una acera por donde los peatones transitaban libremente. La gran mayoría de sus construcciones eran de piedra y contaban con dos plantas. A su lado derecho se observaba la taberna. Esta estaba construida bajo un enorme toldo color rojo que era sostenido por dos columnas. A su lado izquierdo estaba la herrería, y en ella, sentado sobre una banca, un hombre de edad avanzada, impregnado en sudor, golpeaba una espada de hierro al rojo vivo una y otra vez con un mazo para darle forma. El hombre se detuvo un momento, limpió el sudor de su frente con la mano izquierda para después continuar con su trabajo.

Seguida de Viento, apresuró su paso hasta llegar a la plaza central. En esa plaza se encontraba el mercado donde la gente compra todo lo que necesitaba para el día a día. Los puestos que se podían encontrar eran muy variados. Iban desde puestos de alimentos hasta puestos de joyerías y otros tantos que ofrecían armas y armaduras. Ella observaba muy intrigada cada detalle mientras caminaba rápidamente por el mercado para no llegar tarde a su destino. Miró la llamada de atención de la madre a su hijo que no obedece, los niños corriendo y gritando desesperados, los músicos que tocaban alegremente mientras las bailarinas movían sus caderas al ritmo de las laudes, y los vendedores pregonando sus discursos una y otra vez para intentar captar la atención de los posibles compradores. Entre la distracción, un señor pasó a su lado y la golpeó con su hombro izquierdo, lo cual causó que ella perdiera un poco el equilibrio y casi tropezara. Sin darle mucha importancia al dolor que aquello le provocó, dejó atrás el mercado y con él, el sonido ensordecedor. Después de unos metros de andar en silencio a través de las calles, giró hacia la izquierda justo antes de llegar a la Colina de Olivo, la hermana bastarda del Distrito de Olivo y, justo frente a ella, apareció la enorme reja de hierro negro que delimitaba el inmenso campus de Camber al resto de los habitantes. Los barrotes contaban con un grosor de tres centímetros y una altura de tres metros. Las murallas del colegio estaban fabricadas de piedra y rodeaban todo el campus por completo. De ellas, colgaban enredaderas y antorchas que eran encendidas cuando la noche caía. Al igual que a los guardias anteriores, saludó amablemente al hombre que registraba a los estudiantes. Este portaba la misma armadura y en su cintura colgaba una espada. El guardia le abrió la puerta y ella se dirigió rápidamente hasta su facultad, Literatura Albana. Guio a su caballo a través de un estrecho pasillo que partía en dos un extenso rectángulo de césped. Ahora, frente a ella, se observaba la biblioteca Adán Shurtz. Nombre que hacía honor a unos de los seis regicidas alados que liberaron Lucero del Alba hace casi diez siglos. Aquel lugar donde los alumnos acudían a realizar sus tareas o simplemente a leer estaba fabricado a base de granito color marrón oscuro y en su costado izquierdo contaba con una especie de columna decorativa en forma horizontal en donde ahora mismo un jovencito yacía acostado con ambas manos detrás de su cabeza. A unos treinta metros de la biblioteca, justo frente ella, estaba la torre de Lodge, la cual se encargaba de la administración de toda Camber y de cada una de sus facultades. Aquella torre, fabricada con piedra tosca, contaba con una altura de más de treinta metros. La joven continuó caminando por el campus, esquivando a la multitud de alumnos que caminaban en dirección contraria a ella. La plaza central contaba con aún más alumnos. Todos ellos caminaban en diferentes direcciones. Unos avanzaban rápidamente hacia sus clases porque estaban atrasados y otros andaban tranquilos en dirección a sus hogares. De su lado derecho ahora se encontraba un pequeño jardín con unos cuantos árboles y, justo en el borde de este, se observaba una estatua de mármol que immortalizaba la memoria de tres de los mejores profesores de Camber sentados en ella. Las tres estatuas de los catedráticos estaban

vestidas con túnicas pertenecientes al consejo de profesores del colegio de Camber. Tras dejarla atrás, ahora caminó frente a otro grupo de alumnos que platicaban alegremente entre ellos. No solía prestar atención a la gente dentro de Camber, pero en esta ocasión lo hizo al observar como una hermosa joven de piel blanca sujetaba fuertemente la mano de un joven de pelo rubio muy apuesto. Al ver aquella escena se llenó de una inmensa tristeza. Sujetó las riendas del caballo con fuerza, deseando que aquello lo trajera de vuelta. Dándose cuenta de lo que hacía, sacudió su cabeza con fuerza para dejar de pensar en aquello que nublaba su felicidad y apresuró el paso, ya que la ceremonia estaba a punto de comenzar y no quería llegar tarde. Pese a la melancolía, sonrió una vez más y recordó que su vida estaba a punto de mejorar. Ahora mismo estaba viviendo el mejor día de su vida. Tras cinco años de arduo trabajo por fin lo había conseguido. Cinco años en los que dedico su vida a esforzarse por un futuro mejor. Cinco años donde había conocido a personas que la alentaron, que la felicitaron, la regañaron y que la enseñaron a ser una persona ejemplar, no solo para Skywind, sino para toda Lucero del Alba. Después de cinco años había logrado su meta, graduarse de la facultad de Literatura Albana. Aquella facultad tan codiciada y prestigiosa donde "solo las mentes más brillantes tienen cabida". Ella nunca creyó en eso. Ella creía firmemente en que cualquier persona con la mínima determinación podría egresar de aquella facultad o de cualquiera. Durante todos esos años recibió cientos de elogios.

"Felicidades", "Eres un orgullo para Camber", "Desearía tener una hija como tú", "Delvin debe de estar muy orgulloso de ti". Aquel hombre, Delvin, la había cuidado desde hace trece años cuando su padre la abandonó y su madre murió. Lo último que recuerda de sus progenitores, es ver a su padre subir a su carruaje sin voltear hacia atrás e irse lo más rápido que pudo. Durante años no pudo entender el por qué la había abandonado. Lo extrañaba mucho, pero Delvin siempre la ayudó a sentirse mejor. Él había gastado demasiados Gelds para que ella pudiera estudiar. Toda su vida la apoyó y la alentó a ser una buena mujer. Estaba agradecido con él y lo amaba como a un padre.

Al ver a lo lejos su destino, aumentó aún más la velocidad con la que caminaba. Cuando por fin llegó, se detuvo frente a los enormes escalones de piedra que la guiaban hacia el auditorio y los miró. Un pequeño sentimiento de nerviosismo comenzó a inundar su interior.

Exhaló todo el aire que pudo y se dispuso a atar a Viento al pequeño redil que estaba justo enfrente de las escaleras. En él había tres caballos esperando a sus respectivos dueños.

-No tardaré, chico-. Se despidió del caballo.

Sujetó el tirante de su bolso con ambas manos y lo apretó con fuerza.

<Todo saldrá bien>, se dijo a sí misma.

Subió los escalones lentamente. Con cada centímetro que ascendía, un recuerdo de los últimos cinco años invadía su mente. De manera inesperada, un chico de piel morena descendió rápidamente por su lado izquierdo mientras una chica pelirroja lo seguía al mismo tiempo que le gritaba que la esperara. Una vez más, "él" perpetró su memoria. Miró las

paredes de piedra gris de la facultad con la intención de olvidarlo, pero le costaba demasiado. Terminó de subir los escalones y pudo observar como la señora Kim estaba esperándola sentada en una de las bancas. Parecía estar muy nerviosa, y no dejaba de leer una carpeta de hojas que sostenía con ambas manos. La señora Kim, al verla llegar, se levantó de prisa de su asiento y caminó hacia ella.

- ¡Apresúrate, Serana! Todos tus compañeros ya están dentro.
Serana asintió rápidamente al escucharla.

La señora Kim era una mujer de unos cuarenta años. Su pelo rizado era color café y siempre olía muy bien. En ese momento llevaba puesto un vestido marrón. Serana pensó que aquel vestido era horrible nada más verlo, pero se lo guardó para ella.

Ambas mujeres caminaron por el pasillo de la facultad.

El lugar por donde caminaban, hecho de piedras color gris de dudosa procedencia, estaba iluminado por unas antorchas colgadas en las paredes.

Continuaron avanzando hasta que llegaron al auditorio donde se llevaría a cabo la ceremonia. La señora Kim empujó la puerta y ordenó a Serana que entrara y que tomara asiento. Ella obedeció y entró rápidamente.

El auditorio era un lugar enorme. En ese momento estaba lleno de estudiantes y maestros. Cada uno de ellos estaba sentando sobre bancas de madera alineadas horizontalmente entre sí. Del techo colgaban dos enormes candelabros de cristal que iluminaban alegremente el lugar.

Sobre el escenario se encontraba el Rector del colegio, Asgorth Klark, un hombre de sesenta y cinco años, regordete y con una calva muy pronunciada. El hombre llevaba puesto la túnica celeste del consejo de profesores de Camber. Detrás del rector se encontraban los demás profesores sentados en una banca, sonriendo y elogiando a los alumnos que subían para recibir sus certificados.

El escenario del auditorio era sostenido por dos enormes columnas de piedra a los costados y estaba adornado con flores y enormes macetas distribuidas por toda la orilla.

Serana observó cómo el estandarte de Camber, color azul, estaba colgado por todo el lugar. Dicho estandarte tenía por escudo una estrella blanca de seis picos, cada uno de esos picos representaba a los Regicidas Alados, los fundadores de Lucero del Alba. Colgados también, estaban los estandartes que vio con anterioridad en las murallas, el color verde olivo y el gris intenso.

Tomó asiento en una de las bancas, entre dos jóvenes delgados y de piel morena, mientras esperaba pacientemente a que la llamaran.

Cuando el Rector finalmente mencionó su apellido, sintió como su corazón latía con euforia. Se levantó de su lugar y le pidió a uno de los chicos, al que se encontraba a su izquierda, que le diera permiso de pasar, el cual accedió con flagrante renuencia.

Una vez que caminó hasta estar frente a todas esas personas, nerviosa, subió las escaleras laterales que llevaban hasta el escenario.

Podía sentir las miradas de todos en su mejilla izquierda. La mirada del rector, las de los maestros, incluso la mirada de aquel joven grosero que

estaba sentado junto a su asiento.

<Tranquila. Tranquila. No te pongas más nerviosa de lo que ya estas>. El rector aguardaba pacientemente detrás de su púlpito a que Serana estuviera delante suya.

La joven miró el enorme ventanal circular que estaba en la pared, detrás de los maestros. El cielo ya había adquirido su color celeste natural.

-Señorita Whitney-. Exclamó el Rector del colegio cuando estuvo frente a él.

A pesar de todo, había conservado el apellido de su padre.

Antes de contestar, miró la túnica que llevaba puesta aquel hombre. Le cubría hasta los tobillos y, por el olor que desprendía, estaba segura de que no la había lavado en su vida.

-Rector Asgorth-. Contestó Serana con una sonrisa en su rostro.

Serana Whitney era una joven de veintitrés años que estaba a punto de graduarse del colegio de Camber en la Facultad de Literatura Albana. Muy pocas mujeres habían tenido el privilegio de haberse graduado con honores de aquel colegio, y ahora ella era parte de esa cifra.

-Es un honor para mí y para el consejo de profesores del Colegio de Camber el entregarle su certificado de estudios, el cual acredita el haber concluido sus estudios con honores en la Facultad de Literatura Albana. -. El rector esbozó una enorme sonrisa y los maestros de detrás aplaudieron a Serana.

La joven asintió nerviosa mientras el Rector le entregaba aquel papel.

Al tenerlo en sus manos se dio cuenta de que era más pequeño de lo que imaginaba. En la esquina superior izquierda estaba el escudo de Camber y en la esquina opuesta el búho. Al final del todo, se encontraba la firma de Asgorth Klark, la firma del líder del consejo de profesores de Camber y la firma del Rey Octavio. Todas estas escritas con tinta negra.

Los maestros y alumnos presentes aplaudieron y elogiaron a Serana por su éxito. Ella se sentía muy feliz. Intentaba ocultar la sonrisa en su rostro porque no quería que pareciera que le daba mucha importancia a lo que sucedía, cuando era claro que sí lo hacía. Lo que había logrado era una hazaña importante. Ella lo sabía, pero aun así no quería presumir de aquel gran logro.

-Octavio no pudo asistir, pero me mandó decir que está muy orgulloso de tu éxito. Tiene un puesto en el palacio real esperando por ti-. Le dijo el rector mientras estrechaba la mano de la joven.

Ella solo asintió.

Octavio había sido amigo de su padre y de Delvin cuando eran jóvenes.

Lo veía en contadas ocasiones. La última vez la llevó por un paseo guiado en el Palacio de Olivo y le ofreció miles de Gelds si ella se quedaba a trabajar en la biblioteca del palacio, pero ella se negó igual que siempre. No podía abandonar a Delvin. Algun día le agradecería por todo lo que hizo por ella y se iría en busca de su propia vida, pero aún no era el momento para hacerlo. Tenía que estar ahí para él.

Serana agradeció una vez más al rector y a los maestros que no habían dejado de aplaudir. Uno de ellos era un señor muy alto y delgado que contaba con un enorme bigote que acariciaba lentamente mientras

observaba fijamente la entrepierna de Serana. Sentada a su lado, se encontraba una anciana con una túnica negra que le cubría la cabeza por completo, y solo le dejaba a la vista su rostro arrugado. En el cuello llevaba un colgante de plata con el símbolo de Valder, Dios de Hollow. Sintiéndose abrumada por los aplausos, le dio la espalda al rector y miró a la multitud de alumnos. Ninguno la observaba. Todos platicaban entre sí o se morían de aburrimiento mientras miraban al techo deseando que toda esa parafernalia terminara rápido.

Se dirigió a su lugar, se sentó y observó una vez más aquel papel blanco que yacía dentro de un marco negro. Lo pegó a su pecho y lo abrazó con ambos brazos.

-Estarían orgullosos de ti...-. Susurró para sí misma.

Durante un largo periodo de tiempo que parecía nunca terminar, contempló en silencio como sus demás compañeros realizaban el mismo recorrido que ella. Se levantaban al escuchar sus nombres, se subían al escenario de madera donde estaban los maestros, caminaba hasta el púlpito y el rector les entregaba sus papeles. Observó la misma escena más de treinta veces y después de más de una hora la ceremonia terminó con una mención honorífica hacia un jovencito llamado Quendric.

Serana no sentía afecto por nadie en particular. Siempre había sido una chica reservada por naturaleza. Muy pocas veces hablaba con sus compañeros. Normalmente lo hacía solo cuando requería realizar algún trabajo en equipo o cuando no comprendía algún texto de un libro y le preguntaba a Quendric.

Siempre le agradó Quendric, pues solía ser muy amable con ella. Era el tipo de chico que se la pasaba callado al fondo del salón leyendo un libro y que siempre levantaba la mano para contestar las preguntas de la maestra.

Le pareció muy extraño el hecho de que no asistiera a la ceremonia aun después de haberlo visto hablar del tema durante la mayor parte del último periodo escolar. Se imaginó que probablemente tuvo que ayudar a sus padres con la cosecha o con algún asunto del negocio familiar. Fuera lo que fuera, decidió mejor no pensar en eso. Se prometió a sí misma que cuando tuviera oportunidad lo iría a buscar a su casa. Tomó su bolso de cuero, guardó su certificado en él, lo cerró y lo colgó en su hombro izquierdo. Se levantó de su asiento y volvió a pedir amablemente al joven que le diera permiso de salir.

Este tuvo la misma reacción de antes. Un poco incomoda, agradeció en voz baja y subió los escalones que la llevaban hasta la salida.

Salió del auditorio y agradeció el no tener más miradas en ella.

Abandonó su facultad lo más rápido que pudo y se dirigió nuevamente hasta la plaza central, pensando en que después podría pasar por Viento. El colegio de Camber era pequeño, pero muy bonito. En el centro de la plaza se encontraba una estatua de bronce de un búho sobre la rama de un árbol que yacía en el centro de una fuente fabricada a base de mármol. Dicha fuente disparaba chorros de agua que formaban unos arcos que pasaban por encima del búho.

La estatua estaba rodeada por enormes árboles. Entre ellos había

manzanos y algunos naranjos. La plaza también era adornada con algunas rosas, margaritas y uno que otro tulipán. En los árboles se podían ver pájaros que cuidaban de sus huevos y de sus nidos.

En una de las bancas hechas de piedra, entre el césped y la fuente de la plaza, pudo ver a Matthew sentado, pensativo, viendo hacia el horizonte. Serana se alegró al ver una cara conocida y se adentró entre el camino que llevaba hasta la fuente.

-Disculpe, ¿Me permite sentarme a su lado? -. Preguntó Serana en tono jocoso.

Matthew volteó al escuchar aquella voz femenina.

El joven le contestó con una enorme sonrisa e hizo un ademán con la mano para que se sentara.

Matthew era un joven de veinte años que acababa de empezar sus estudios hace apenas seis meses en la facultad de Alquimia. Para sorpresa de todos descubrió la cura para el Resfriado Torácico, una de las mayores enfermedades de Hollow. Debido a ello, todos los colegios de los seis continentes lo querían ingresar.

- ¿Cómo estás, Matthew? -. Soltó una segunda pregunta mientras acomodaba su bolso frente a ella y tomaba asiento a la derecha del joven que ya había eliminado la sonrisa de su rostro.

-Ahora que estas aquí estoy un poco mejor-. Contestó sin ganas.

El cabello del joven era de color castaño y su longitud era muy larga. En ese momento, y para sorpresa de Serana, el joven se encontraba muy bien peinado hacia atrás. Su nariz, la cual había heredado de su padre, era un tanto robusta. Su piel era blanca y algo que resaltaba en su rostro era la numerosa cantidad de lunares que había en él.

En ese momento, Matthew desprendía una inmensa tristeza que provocó empatía en el corazón de Serana. Mantenía sus hombros encorvados y no dejaba de frotar sus manos una contra la otra.

-Lamento no haber asistido a tu "fiesta"- . Se disculpó él mientras subía y bajaba los dedos medio e índice de ambas manos después de unos segundos de silencio.

-No te preocupes-. Contestó ella.

Los labios de Serana se distorsionaron, creando en su rostro una expresión de preocupación hacia su amigo.

-Supongo que fue aburridísimo, ¿No? -. Le preguntó el joven.

Serana soltó una risa y asintió con la cabeza.

-Ya no me siento tan culpable por no haber asistido.

Mientras Serana aún reía, un chico caminó rápidamente frente a ellos mientras silbaba una dulce melodía. Cuando aquel chico se alejó, Matthew recargó su mano derecha en el hombro de la joven y la miró a los ojos.

-Me alegra haber entablado amistad contigo. Espero algún día ser tan brillante como mi amiga.

Serana colocó su mano encima de la de él.

- Pero ¿qué dices? - le preguntó después de haber deshecho el nudo que las palabras del joven provocaron en su garganta- Acabas de descubrir la cura para el resfriado ese. Todo mundo está orgulloso de ti. Todos los colegios del mundo te quieren. Ya eres una persona brillante. Incluso más

que yo- esta vez apretó con más fuerza la mano que seguía en su hombro-. Yo estoy orgullosa de ti.

Matthew retiró la mano de su hombro y miró hacia las ramas de los árboles que cubrían el cielo.

-No me quieren a mí. Quieren lo que hay aquí -. Le dijo señalando su cabeza.

Serana no contestó de vuelta.

Mientras el silencio arropaba el momento, ella repasó la vestimenta del joven que nuevamente encorvaba los hombros. Una camisa de manga larga color verde y unos pantalones de lana negra.

- ¿Cómo está tu hermano?, ¿Ya saben algo de él? -. Preguntó ella para intentar alejar los malos pensamientos de la cabeza de Matthew.

-Hace tres meses lo vieron en Blackwood. Al parecer vive y trabaja ahí-. Contestó Matthew con nostalgia.

Serana conoció al hermano de Matthew en sus inicios en Camber, puesto que estudiaba lo mismo que ella, pero a los pocos meses de iniciar, dejó de asistir sin avisarle a nadie. Eso hace cinco años.

-Le puedo decir a Delvin que pasemos a Blackwood para ver si está bien.

-No hace falta- Matthew la miró a los ojos. -Ese hijo de perra sabe cuidarse solo.

La joven miró al suelo al escuchar aquellas palabras.

-Bueno- le dijo mientras se levantaba de la banca-. Me dio gusto verte, Serana, pero me tengo que ir. Tengo que contarle a mi estúpido padre sobre el dinero para pagar el viaje.

- ¿Ya decidiste un lugar? -. Preguntó entusiasmada.

- Verkehr- contestó-. Me decidí por los fanáticos religiosos.

Ella sabía, por parte de su hermano, que uno de los sueños de Matthew era visitar el devoto continente de oro.

Serana se levantó de su asiento y abrazó tiernamente a su amigo.

-Todo saldrá bien para ti, Matthew. De eso estoy segura-. Exclamó ella mientras los brazos de aquel joven rodeaban su cintura.

Al terminar, él le sonrió, dio media vuelta y comenzó a caminar entre la vereda de piedra. A los pocos pasos, se detuvo y volteó hacia la joven.

- ¿Sabes algo? - guardó silencio unos segundos-. Hubiera preferido que mi hermano se fijara en ti. Y no en esa maldita mujer. Él hubiera cuidado de ti... Y lo más importante... tú de él-. Dio media vuelta y se alejó sin voltear.

Serana se quedó pensando en aquellas palabras:

"Y lo más importante... tú de él...".

< ¿Qué significado tiene eso? >.

Isaac, el hermano mayor de Matthew, era un joven estupendo. La mayor parte del tiempo solía contar chistes a sus demás amigos y platicaba sobre historias muy graciosas e interesantes, pero cuando estaba solo, siempre era muy callado. Miraba al suelo cuando caminaba y siempre se le notaba triste.

En una ocasión convivió con él, con sus amigos y con una chica muy bonita que siempre le hacía compañía. Recordaba muy bien el rostro de esa chica, pero no su nombre. En aquella ocasión, el hermano de Matthew

bebió tanto alcohol que terminó diciendo muchas tonterías que a la joven Serana de aquel entonces le hizo mucha gracia.

Dejando de lado aquellos recuerdos, llevó su mirada hacia el joven de cabello largo. Lo vio alejarse lentamente por la plaza principal. Caminó frente a la biblioteca y se adentró por el sendero por el cual ella había entrado.

<Es cierto... No soy la única que pasa por malos momentos...>

-Hora de irnos, señorita Whitney.

Aquella voz la trajo de vuelta a la realidad.

Serana giró la cabeza hacia atrás para ver a la persona que le había hablado.

-Hola, Carlos- dijo Serana al verlo-. ¿Cómo estás?

Carlos era un amigo de Delvin. El hombre de baja estatura, piel oscura, barba y bigotes de color negro y con unos veinte kilos de más.

-Delvin nos mandó a recogerte. Tiene una sorpresa para ti-. Le hizo saber con una enorme sonrisa.

- ¿Una sorpresa? - preguntó intrigada-. La última sorpresa que me dio fue hace como diez años.

-Pues la espera ha valido la pena-. Contestó el regordete hombre mientras extendía su mano hacia ella para que lo siguiera.

Ambos caminaron por la misma dirección en la que Matthew se había retirado. Una vez fuera del campus, y después de haberse despedido del guardia, Serana observó, asombrada, un carruaje estacionado frente a ellos. Detrás del vehículo, se podía observar un risco de unos cuatro metros de altura y, más allá de este, las hectáreas de árboles y plantas se expandían por la tierra.

El carruaje estaba fabricado a base de madera oscura. Las ruedas estaban hechas de hierro forjado e iba guiado por dos caballos, uno de color café y otro blanco con motas negras.

Serana quedó sorprendida al percatarse de que su caballo estaba atado a una de las tablas del carruaje.

-Suba, por favor. Es un largo camino hasta su destino.

-Tiene que ser una excelente sorpresa para que me haya enviado un carruaje solo para mí- Exclamó entusiasmada-. Pero, espera. Si yo me voy en el carruaje, ¿Quién se va a llevar a Viento?

-Yo me hare cargo de eso- respondió Carlos mientras desataba el nudo de las riendas del animal-. Tu amigo estará en buenas manos, no te preocupes.

Viento se encontraba nervioso ya que no le agradaba la idea de que otra persona lo montara. Serana, al ver la reacción de su caballo, se acercó a este y le acarició la crin suavemente.

-Tranquilo, chico. Carlos es un amigo de confianza. Él te cuidara- la joven lo besó tiernamente en la frente-. Te veré en casa.

El animal, al sentir el cariño de su dueña, se calmó.

- ¡Vaya! - exclamó sorprendido el hombre-. Este caballo es más obediente que mis sobrinos.

Serana sonrió al mismo tiempo en que Carlos se montaba en el caballo.

El animal relinchó de gusto al sentir la energía del hombre encima de él.

El hombre volteó hacia la joven y acto seguido le ordenó a Viento que comenzará a galopar a toda velocidad, dejando a Serana y al carruaje atrás.

Ella, al ver como sus dos amigos se perdían entre las hojas de los árboles, se acercó al carruaje y miró al conductor. Se trataba de un hombre igual de gordo que Carlos, solo que más alto. Su piel era blanca y era calvo.

- ¡Buen día, Serana! - exclamo Missael, el hombre que conducía el carruaje. -¿Lista para partir?

-Buenos días, señor Missael. Que elegante carruaje tiene.

-Dejemos las formalidades para los tontos del palacio- contestó el hombre-. Sube, niña, que la comida se va a enfriar.

-Gracias por arruinar la sorpresa-. Contestó Serana entre risas.

Al verse presionada por la mirada de Missael, se subió al carruaje. Una vez dentro, el hombre le dio la señal a los caballos para que comenzaran a caminar.

El interior del carruaje era muy estrecho. La silla de dentro estaba acolchonada con almohadas de color rojo muy cómodas y las entradas estaban adornadas con dos cortinas del mismo color que las almohadas. Serana se quitó el bolso de su hombro y recostó la cabeza hacia atrás. < Tengo tanta hambre. Espero que Delvin haya preparado su famoso estofado >.

Miró por la ventana y observó cómo Matthew pasaba a toda velocidad montando en su caballo.

<Te deseo suerte, amigo>.

-Así que ya eres toda una filósofa -. Gritó Missael desde afuera.

-Afortunadamente- le contestó ella sin despegar la mirada de los árboles-. De ahora en adelante tienes que referirte a mi como "Señorita filósofa Serana Whitney", por favor.

-Prefiero cortarme la lengua antes que decir todas esas palabras tontas- contestó mientras soltaba una carcajada nasal-. Trata de descansar un poco, niña. Es un viaje largo. Yo te despierto cuando lleguemos.

Serana volvió a recostar la cabeza hacia atrás y cerró los ojos.

Cuando los volvió a abrir, el carruaje estaba pasando frente al pueblo de Nynphill.

Había dormido cerca de veinticinco minutos. Movié la cortina hacia un lado para observar el paisaje. Nynphill era un pueblo muy pequeño que se dedicaba a la agricultura. Pudo observar un inmenso campo de trigo y a dos niños corriendo hacia la entrada del pueblo.

Muy cerca de ese lugar se encontraba una inmensa arboleda, la cual, según los lugareños, era protegido por unas hermosas Ninfas. Claro está, que nadie aparte de ellos las había visto, dejando así la existencia de aquellos seres como solo una leyenda.

<Aquí vive Quendric>, pensó, <Espero que este bien>.

Serana recargó su cabeza a un lado de la ventana y siguió contemplando el paisaje. Ahora observaba el cielo. El sol estaba en lo más alto. Había pocas nubes y el viento soplaba un aire fresco y puro contra su cara, despeinándola un poco.

El carruaje siguió su camino. Se adentró en el Bosque de los Cánticos

Diurnos y a los pocos minutos, Serana vio algo que llamó su atención.

-Missael-. Gritó hacia afuera para que lo escuchara-. Detente, tenemos que ayudarlo.

- ¿Estás segura? Este bosque está lleno de gente peligrosa.

-Detente, por favor-. Exclamó con firmeza.

Missael, al verse sin otra opción más que obedecer, ordenó a los caballos que se detuvieran.

Fuera del carruaje, entre los árboles, se encontraba un hombre. Parecía haber tenido algún accidente, pues su caballo yacía muerto en el suelo.

Por el césped se encontraban algunos objetos que se habían salido de las alforjas del animal en el momento que se desplomó. Entre ellos se apreciaban algunas prendas y objetos de aseo personal.

- ¡Gracias al Alba! - exclamó el hombre al ver el carruaje detenerse-.

Pensé que pasarían horas hasta ver a alguien.

- ¿Necesita ayuda? -. Preguntó Serana asomándose fuera del carruaje.

-Claro que necesito ayuda. ¿Serían tan amables de llevarme lo más cerca de mi hogar?

- ¿Quién es usted? -. Preguntó Missael con mal humor.-

¡Oh! Perdonen mis modales- el hombre colocó un brazo alrededor de su cintura e inclinó su torso, haciendo una reverencia-. Ruuben Sarlota. A su servicio.

-Nosotros somos los que estamos a tu servicio-. Gruñó el conductor.

Ruuben lo miró fijamente y le contestó con una sonrisa sarcástica.

- ¿Hacia dónde vive? -. Preguntó Serana.

El hombre despegó la mirada del conductor y señaló hacia la dirección donde ellos se dirigían.

-Suba- contestó la joven con un tono de voz amigable-Será un placer ayudarlo.

Ruuben asintió de manera agradecida al oír lo que quería escuchar.

- ¡Tenga cuidado con lo que haga! - le dijo Missael de manera amenazadora -. Si intenta hacerle algo a la chica le arrancaré los ojos y se los meteré por el trasero.

-Ya déjalo, Missael. Se ve que es un buen hombre.

Ruuben, ignorando las amenazas del hombre, terminó de recoger sus cosas y las metió cuidadosamente dentro de las alforjas del caballo. Una vez todo dentro, colocó las alforjas en su hombro derecho y se subió al carruaje. El hombre era alto, así que tuvo que encorvar su espalda para no golpearse con el techo. Se sentó al lado izquierdo de Serana, dejó las alforjas del caballo en el suelo y se recargó en el asiento, haciendo notar que no había descansado en muchas horas.

El carruaje comenzó a moverse.

-Dígame señor Sarlota, ¿Qué es lo que pasó con su pobre caballo?

Ruuben cerró los ojos unos segundos tratando de acomodar las imágenes en su cabeza.

El señor Sarlota era un hombre apuesto. Sus ojos eran color verde y su cabello de color oro estaba muy bien peinado hacia atrás. Contaba con una quijada torneada y sus pómulos parecían tener el color de unos duraznos.

Después de unos segundos, colocó las manos sobre sus rodillas y comenzó a hablar.

-Me dirigía hacia mi casa, con mi mujer- miró a la joven-. Vengo de Verkehr. Trabajo en la guardia de Olivo. Por fin me habían dado unos días para descansar y los quería pasar con mi Emmily- se quedó pensando unos segundos-. Mi pobre caballo se desplomo de cansancio. Caminamos por siete días. El pobre ya era viejo, no aguantó más.

- ¿Y lo va a dejar ahí tirado para que se lo coman los cuervos? -. Preguntó Serana intrigada.

-No, no, no-contestó sorprendido-. Ese caballo me ha acompañado durante quince años. En cuanto llegue a mi casa y sepa que mi esposa esté bien, regresaré por él y le daré un entierro digno de un rey.

Serana notaba algo en aquel señor. Su cara le resultaba muy familiar.

- ¿No le da miedo andar con esa ropa tan cara como si nada? Eso llama la atención de bandidos y ladrones.

El hombre iba vestido con un hermoso saco de seda color negro y unos pantalones del mismo color sin ninguna arruga visible. Debajo del saco llevaba una camisa blanca. Alrededor de su cuello colgaba un collar de plata con un extraño símbolo en él. El símbolo del Alba, mejor conocido como Helvet, el Reino Oscuro.

A Serana le llamó la atención aquella figura. Recordaba haberla visto en uno de los libros que leía en la biblioteca de Camber.

-Yo solo podría detener a mil hombres- alardeó-. El combate se me da muy bien.

-Pero no puede cuidar a un triste caballo-. Terció Missael desde fuera. Serana no pudo contenerse y soltó una pequeña carcajada.

-Tu amigo es un poco imprudente- Le dijo en voz baja.

Serana hizo caso omiso hacia aquel comentario.

- ¿Dónde dijo que vivía? - preguntó ella, intentando cambiar el rumbo de la conversación.

Ruuben asomó la cabeza para ver el camino.

-Unos trecientos metros más hacia adelante.

Serana sentía muy incómoda la presencia de aquel hombre. Seguía pensando que lo conocía, pero no recordaba de dónde.

Después de unos momentos de incómodo silencio, el carruaje se detuvo en medio del bosque.

-Bueno, aquí me bajo.

Ruuben levantó las alforjas del suelo y las puso de nuevo en su hombro izquierdo.

-Muy amable señorita Whitney. Tengo el presentimiento que nos volveremos a ver muy pronto.

Bajó del carruaje y caminó sendero abajo.

-Muchas gracias. Es usted muy amable-. Habló sin voltear a ver a Missael.

El conductor extendió su puño cerrado y levantó el dedo medio.

-Jódete, cabrón-. Maldijo el hombre.

Una vez Ruuben se perdió entre la espesura del bosque, Serana escuchó como Missael ordenaba a los caballos que se movieran.

Mientras las ruedas giraban, la joven mantuvo la mirada sobre los troncos de los árboles. Algo le decía que todo lo que había dicho ese señor era mentira.

Pueblo de Ariandel.

Entrada principal.

Hoy era el día en el que por fin iban a verse las caras con aquel grupo que había estado tentando su curiosidad desde hacía ya varios años.

<Tiene que ser su hijo, es la única posibilidad... >, pensó.

Ariandel, el pueblo por el que caminaban en ese momento, era el más importante de Lucero del Alba, históricamente hablando. Fue el primero en fundarse de los seis y estaba lo más retirado de toda la mierda política. Aquel pueblo se encontraba al suroeste del territorio albano, muy cerca de la Cordillera del Rey. Las calles estaban asfaltadas con guijarros y seguían trayectorias ondulantes por todo el pueblo minero. Las viviendas estaban fabricadas con troncos de madera y tenían un aspecto muy hogareño. Las columnas que sostenían las losas eran troncos gruesos y las fachadas estaban decoradas con un brasero de hierro que era encendido por las noches para que los guardias pudieran ver con claridad cuando salieran a realizar sus rondines

-¿Dónde los vamos a ver? -. Preguntó Francis.

-En la taberna- contestó

Capítulo 3

Capítulo II

Fraternidad Fragmentada

Tras haber sido golpeado por Kanae y haber caído inconsciente, la percepción del tiempo perdió sentido durante un lapso que no fue capaz de medir. No hubo pensamientos. Ni sueños. Ni siquiera dolor. De pronto, y para su suerte, abrió los ojos de la misma manera en que los cerró. Sin darse cuenta. Mantuvo sus pupilas sobre aquel haz de luz brillante, el cual las lastimaba grandemente. Una inmensa incomodidad emergía de sus sienes, así como de su mejilla derecha. Al darse cuenta del lugar donde se encontraba, giró su cabeza hacia la izquierda. Al hacerlo, observó el árbol manchado con la sangre del hombre de la túnica.

< ¡Kanae! >, recordó.

Se enderezó rápidamente. Miró a todos lados intentado encontrarlo, pero no lo vio por ningún sitio. Levantó la cabeza y contempló el cielo durante un corto periodo de tiempo, hipnotizado por el basto color celeste libre de nubes. Las ramas del árbol que se encontraban encima suya creaban una pequeña sombra que le cubría la parte baja de su cuerpo.

-Francis.

Volteó al escuchar su nombre.

Era Alexandra. La mujer se encontraba sentada sobre un tronco de madera viejo, con los brazos rodeando sus piernas y sus dedos entrelazados. Mantenía sus ojos sobre las brasas de una fogata que lentamente consumían hojas y pequeños trozos de ramas.

Francis dedujo que la había encendido para mantener alejados a los animales, pues la temperatura del ambiente era muy cálida.

-Señora. ¿Se encuentra bien?

Apoyó sus manos en su rodilla derecha y se levantó con dificultad. Sus sentidos aún divagaban un poco. Lentamente, caminó por el césped hasta donde la mujer estaba sentada, la cual no lo miró en ningún momento.

-Señora, ¿Vio hacia donde fue el jefe?

Ella seguía sin contestar.

-Necesito que me conteste- insistió-. El jefe se llevó a aquel hombre. Necesitamos encontrarlo antes de que le haga daño.

Pero ella seguía concentrada en sus propios pensamientos. Solo escuchaba el sonido de las llamas. Sus ojos estaban abiertos de par en par. Como si aquello que estuviera en su mente la aterrara.

-Estamos perdidos-. Dijo al fin.

Su voz sonaba llena de tristeza. Asemejaba la voz de una madre que había perdido a su hijo y tenía que comunicarle la triste noticia a su esposo.

-Eso no es cierto. Estamos al este de Ariandel. Sé cómo regresar-.

Exclamó el joven mientras se inclinaba frente a ella.

-No me refiero a eso.

- ¿Entonces a qué? -. Preguntó un tanto molesto.

Francis comprendía el estado de Alexandra. Era consciente que ella seguía un poco desorientada por haber utilizado todo ese poder arcano, pero también sabía que Kanae se había llevado a ese hombre y que probablemente estuviera haciéndole daño en este preciso momento.

-Regresó- Dijo Alexandra.

Sus manos empezaron a temblar.

- ¡¿Quién regresó?!- gritó molesto-. Tiene que decirme algo maldita sea. No entiendo que sucede.

La mujer se llevó sus manos temblorosas hacia la cara y se tapó los ojos para intentar calmarse un poco.

-Ese hombre... el que estaba en la plaza rodeado de toda aquella gente- le costaba mucho formular las oraciones- Búho nos dio cinco contratos. Cada uno de esos contratos nos pedía específicamente que capturáramos a algún prófugo de Kraften y lo lleváramos de nuevo a ese lugar- creó un silencio dentro de aquel lugar repleto de árboles mientras Francis luchaba por ser paciente- Ese hombre de la plaza... fue el primero de los contratos. Yo lo detuve hace tres años y lo entregué a Olivo.

El joven guardó silencio un momento al recordar aquella época.

-Pues...- tartamudeó al contemplar nuevamente la sangre en su mente-

Pues entonces debemos encontrarlo rápidamente y llevarlo nuevamente a prisión.

-Encuentra a mi esposo- le rogó la mujer- Ese hombre es muy peligroso. Encuéntralo antes de que le haga daño.

-Ayúdeme- le pidió el joven mientras se acercaba a ella - Ayúdeme a encontrarlo. Juntos podríamos ir en su búsqueda.

La mujer negó.

- ¿Por qué no? - preguntó- ¿Por qué no me quiere ayudar?

-No puedo.

Alexandra comenzó a llorar.

- ¿Por qué? -. Le preguntó lleno de coraje cubierto de impotencia.

-No puedo. No puedo-. Repetía.

- ¡Dígame que sucede maldita sea! -. Le gritó

Era la primera vez que le levantaba la voz a Alexandra.

-No puedo hablar- las lágrimas no hacían más que aumentar-. No puedo hablar.

- ¡¿POR QUÉ NO?! ¿Por qué nadie me dice nada? ¿Qué mierda está sucediendo?

Para ese momento, Francis había perdido la paciencia por completo.

Se alejó de la fogata rápidamente hasta llegar a uno de los árboles.

Descargó su furia sobre él al golpear su puño contra la rugosidad del tronco. El dolor fue intenso, pero contuvo cualquier gemido de dolor. A los pocos segundos, habiéndose ya calmado, colocó ambas manos sobre la madera y bajó la cabeza. Cerró los ojos y exhaló la poca frustración que aún quedaba en su interior. Mientras lo hacía, vino a su memoria Miriam.

Hermosa. Frágil. Inocente. Habiéndose ya calmado, abrió los ojos y observó, a unos centímetros del árbol al que aún seguía recargado, como la sangre de aquel sujeto había creado un camino entre la tierra y el césped que seguía hacia el norte.

-Isaac.

El joven apartó rápidamente sus ojos del rastro de sangre al escuchar aquel nombre.

- ¿Qué tiene que ver él en todo esto?

La mujer, que aún mantenía sus ojos sobre las llamas, tardó unos segundos en contestar.

-Ve a buscarlo. Por favor.

Limpio sus lágrimas con la manga de su camisa y se levantó con dificultad. Se le notaba cansada.

-Francis. Trae a mi hijo. Tú y él pueden ir en busca de mi esposo.

-Pero- comenzó a decir él- Pero yo no sé dónde...

-Francis no me mientas- lo interrumpió- Kanae y yo sabemos que lo has estado siguiendo.

Alexandra se acercó a él. Lo tomó de la mano y las lágrimas empezaron a brotar una vez más.

-Por favor.

-No... no creo que sea buena idea ir por él en este momento- apartó su mano de la suya-. Aquí hay un rastro de sangre. Si lo sigo podría dar con la ubicación de Kanae.

-Francis, por favor-. La mujer insistía.

Un nudo se creó en su estómago al sentir el sufrimiento en las palabras de Alexandra, pero no podía darse el lujo de simplemente ignorar lo que había sucedido con Kanae e ir en busca de su amigo perdido. Ignorando las suplicas constantes de la mujer, Francis dio media vuelta y observó nuevamente la sangre de aquel hombre. En su mente pudo ver una vez más como el esposo de Alexandra golpeaba su nuca contra la madera. Se quedó estático, mientras la mujer lo llamaba, a su vez que en su mente se imaginaba a si mismo siguiendo la sangre a través de caminos y senderos desconocidos. Después de unos momentos, habiéndose ya dado cuenta de que las posibilidades de encontrar a Kanae por sí solo eran bajas, no le pareció tan mala idea ir en busca de Isaac. Sabía que sería complicado convencerlo, pues la última vez que hablaron, su amigo le había dejado muy en claro que no quería volver a ver a nadie de Los Carmesíes.

Suspiró de fastidio al pensar que tendría que esperar aún más tiempo antes de conocer la ubicación de su jefe. Con el orgullo lastimado, dio media vuelta hasta estar frente a la mujer. Esta continuaba observándolo aún las mejillas húmedas por el continuó flujo de lágrimas que sus ojos emanaban.

Francis comenzó a caminar lentamente hasta su dirección mientras la miraba con suma empatía.

-Francis- comenzó a decir Alexandra una vez que el joven llegó hasta ella - Por favor, ve por Isaac- suplicaba mientras limpiaba las lágrimas de sus mejillas-. Esto que está sucediendo es malo- respiró la mucosidad de su nariz que le impedía hablar-. Quiero ver el rostro de mi hijo mayor una

vez más antes de que él aparezca.

Francis respiraba deprisa para impedir imitar los sentimientos de la mujer hasta que esta última dijo aquello.

- ¿Él? -. Preguntó Francis

La mujer bajó la mirada.

-Trae a Isaac, por favor- repitió mientras lo volvía a mirar a los ojos-.

Entre los dos podrían ir en busca de Kanae. Yo iría con ustedes, pero me siento muy cansada.

Francis se mostró desconfiado al percatarse de como esquivó su pregunta, pero al ver la mirada que aquella pobre mujer le lanzaba, no tuvo más remedio que acceder. La tomó por uno de sus hombros y la encaminó nuevamente hasta el lugar donde hasta hace unos momentos se encontraba sentada. Al llegar hasta el tronco, Alexandra tomó asiento nuevamente. Se pudo escuchar el crujir de sus huesos mientras lo hacía. Viendo ya que la mujer se encontraba más tranquila, Francis caminó hasta uno de los árboles y arrancó algunas ramas que después utilizó para avivar aún más la fogata pensando que aquello le haría un bien.

-No sé si acceda tan fácil-. Le confesó mientras quebraba una rama larga y la depositaba en las llamas.

-Yo sé que lo lograras. Él confía en ti-. Le respondió ella con una sonrisa. El fuego aumentó su intensidad.

-La última vez que lo vi, demostró todo lo contrario-. Contestó él.

El joven se lamentó por haber dicho aquello al ver la mueca de tristeza que provocó en la mujer.

- Intentaré volver antes del anochecer- le dijo para distraerla de lo que fuera que estuviera pensando- No se mueva de este lugar hasta que los dos regresamos. Y si por alguna razón, Kanae regresa hasta usted antes que nosotros, deje la marca del pétalo sobre ese árbol.

Y al decirle aquello, dio media vuelta y se adentró entre los árboles y la maleza.

Alexandra miró como el joven apartaba las ramas de los árboles con sus brazos hasta que lo perdió de vista.

Cuando estuvo sola, abrazó nuevamente sus rodillas y observó cómo un grupo de hormigas rojas subían rápidamente por la parte lateral derecha del tronco. Los insectos seguían una fila ordenada y mantenían la misma distancia una de la otra. Alejó la mirada de las hormigas y la mantuvo por horas en las llamas que poco a poco consumían los trozos de rama que Francis había colocada en ellas.

En ningún momento, durante todo el tiempo que esperó sentada, dejó de llorar.

Bosque de Robsten.

Al este de Blackwood.

El sudor caía constantemente a través de su frente y escurría por toda su cara hasta la barbilla. Él lo limpiaba con su antebrazo, pues la sensación de humedad en su piel le resultaba incómoda, pero a los pocos segundos sus poros volvían a encontrarse empapados. A esta altura de su jornada laboral ya encontraba muy fatigado. Resultado de ello era el dolor que se

conglomeraba en sus hombros y en su cintura cada vez que clavaba su hacha contra el áspero tronco de algún árbol. También se añadían las numerosas ampollas en las palmas de sus manos y las astillas que el propio mango de la herramienta clavaba en ellas. Sin olvidar por supuesto la resequedad dentro de la boca y la sensación tan molesta de arena alrededor sus labios. Recordó, mientras luchaba arduamente por derribar el árbol, todos aquellos meses que tuvieron que pasar al principio del todo para que su cuerpo se acostumbrara al esfuerzo físico que trabajar como leñador requería. Los primeros días le resultó relativamente sencillo. Pese al sol quemando su piel y la continua deshidratación, no tuvo algún otro inconveniente. Pero al paso de las semanas, los dolores musculares se intensificaron a tal grado que no podía siquiera mantenerse acostado sin que sufriera. Vivió la mayor parte de sus días como leñador quejándose del cansancio que le provocaba existir. Sus ojos parecían pesarle y sus piernas parecían no querer responderle al momento de caminar. Añadido a todo eso, su salud también se vio perjudicada. La mala alimentación y el exceso de alcohol en su organismo provocaron que hubiera una disminución de masa muscular muy acelerada. Fueron numerosas las ocasiones, mientras trabajaba, en las que por poco caía desplomado al suelo. A sus compañeros, incluso a su propio capataz, les resultaba indiferente tanto su bienestar físico como mental. Nadie se preocupaba por él, salvo por una persona. Su amiga Suzuka. Ella, al verlo en ese estado tan deplorable, prácticamente lo obligó a alimentarse de manera correcta y a corregir el estilo de vida que llevaba. A partir de ese momento, ella se encargó de ir todos los días sin falta hasta el Bosque de Robsten solo para llevarle agua y alimentos a su amigo. Todos sus compañeros se burlaban de él cuando la veían llegar con dos cantimploras llenas de agua y con canastas repletas de frutas, verduras y carnes. Al principio, le resultaba muy incómodo, pero al paso del tiempo, y al ver cambios muy buenos en su organismo, comenzó a ignorar a los idiotas que lo señalaban y comenzó a apreciar y a valorar la ayuda que su amiga le brindaba. A las pocas semanas, comenzó a notar cambios positivos en él. Había recuperado peso y la fatiga que constantemente sentía en su cuerpo había desaparecido. Sus músculos, debido a todas las carnes que ella le preparaba, parecían haber ganado masa muscular. Al paso de un año, comenzó a notar cambios más significantes en él. Se le habían ensanchado los brazos, las piernas y la espalda. Su abdomen, por otro lado, había adquirido marcas musculares que siempre había codiciado tener, pero que, por falta de una alimentación saludable, nunca había podido poseer. No solo hubo cambios físicos, sino que también hubo un incremento en su autoestima, pues siempre se le conoció por ser un joven retraído y con muy poca confianza en sí mismo. Continuó trabajando como leñador durante otro año pese a que su amiga le recomendó abandonar aquel trabajo tan severo. Continuó haciéndolo no porque quisiera. Mas bien, podría decirse que continuó haciéndolo porque buscaba matar algo en su interior. Algo que, de no haber sido por Suzuka, hubiera logrado. El dinero que ganaba haciendo lo que hacía no era mucho, en lo absoluto, pero aun así podía pagar la renta de su cabaña,

continuar alimentándose de una manera regularmente sana y de vez en cuando podía darse el lujo de comprarle un pequeño obsequio a Moa, una linda jovencita que conoció hace tan solo un par de meses.

- ¡Cae estúpido árbol! -exigió lleno de fatiga mientras el filo de su hacha partía en dos el cuerpo del árbol-. ¡Ya me quiero ir!

Después de unos cuantos cortes horizontales, el grueso tronco cedió y cayó con fuerza hacia un costado. Un grupo de ardillas que veían interesadas como aquel joven gritaba y gemía, se espantó al oír como su hogar se estrellaba contra el suelo. El bosque enteró se llenó con el sonido de las ramas cochando entre sí.

-Lo siento, amigas- dijo a las ardillas que se habían escondido rápidamente entre los arbustos-. Tienen muchos más árboles para escoger un nuevo hogar- dejó caer el hacha hacia el suelo sin soltarla y suspiró de alivio al saber que ya había terminado su jornada laboral-. Ojalá yo pudiera tener la misma suerte que ustedes-. Le susurró a una de las ardillas que se veían entre las hojas de los arbustos.

Apartó la vista del grupo de animales y tomó el pañuelo color rojo que guardaba dentro del bolsillo derecho de su pantalón. Se limpió el sudor de la frente, la nuca y los brazos. Una vez se libró de aquella sensación de una vez por todas, colocó su hacha, que en aquel momento se sentía más liviana que una pluma, sobre su hombro derecho y giró el pañuelo en el aire formando unos círculos antes de ponerlo sobre su hombro opuesto. Lanzó una última mirada hacia las ardillas y comenzó a caminar mientras ahora observaba los árboles que había talado durante su jornada laboral. Todos ellos se encontraban apilados uno sobre otro de manera horizontal cerca de un montículo de piedras.

- ¿Qué le habrán dicho sus padres? -. Se preguntó a si mismo mientras movía su cuello de lado a lado para aliviar el dolor.

Estaba un tanto nervioso. Tenía planeado llevar a Moa a la costa del Mar de Absol en unos días. Su plan era tomarse un par de vacaciones.

Necesita el librarse de su trabajo, aunque fuera solo por unos días. Se imaginaba, siempre con Moa, nadando a través de las mareas de aquella agua. Tomando el sol mientras la arena abrazaba su espalda y sus piernas. Caminar descalzos por la espesura de la flora hasta alejarse de cualquier mirón solo para poder besarla de una vez por todas. Y quién sabe. Tal vez con un poco de suerte, poder hacerle el amor y librarse de una vez por todas de la morbosidad que le provocaba el imaginar su cuerpo al desnudo. Hacía ya poco más de cuatro meses que conocía a aquella mujer. Y desde ese momento, su vida se había llenado de una inmensa alegría. Él era consciente, a este punto de su relación, que ambos sentían un inmenso y honesto amor el uno hacia el otro. Pero, aun así, no había encontrado el valor suficiente para poder besarla.

- ¡Oye! ¡Niño Hudtler!

La sonrisa que se había creado en su rostro al pensar en Moa se desvaneció al escuchar a aquella estúpida voz llamarlo así.

- ¡Espero que hayas talado todos los árboles que tenías pendientes! -. Gruñó el capataz mientras luchaba por salir de entre unos arbustos.

Odiaba a su capataz, pero odiaba aún más que lo llamará de esa manera.

-De lo contrario-continuó el hombre mientras maldecía a aquella extremidad de madera- vas a quedarte hasta que tales el último puto árbol de Robsten.

<Cálmate>, pensó mientras el hombre maldecía sin parar, <No vale la pena perder tu trabajo por romperle la nariz a ese maldito viejo>.

- ¡Voltea! -. Le ordenó al joven que seguía avanzando sin mirarlo.

Soltó una bocanada de aire para tranquilizarse y no hacer alguna estupidez. Cuando las pisadas del hombre se detuvieron, giró lentamente hacia él. Acto seguido, lo miró a los ojos y le sonrió de la manera más falsa que pudo.

-Putos jóvenes- maldijo el capataz una vez que estuvo cerca de él-. Creen que pueden hacer lo que sea.

El hombre, pese a haber caminado solo diez metros, sudaba de una manera tan constante que cualquiera que lo viera podría pensar que se sumergió en el río.

-Putos ancianos. Creen que pueden darnos órdenes a los jóvenes-. Lo arremedó sin eliminar la sonrisa de su rostro.

Aquello molestó grandemente al viejo gordo, a lo que él se alegró.

<El collar de Moa no se pagará solo. Recuerda eso antes de volver a insultarlo>, pensó.

Su capataz, o como a él le gustaba llamarle: "el estúpido viejo gordo que solo sirve para joder mi existencia", tenía por nombre Riquelme Trite.

Siempre se imaginó que sus padres lo debieron haber odiado demasiado como para ponerle ese nombre de mierda.

Mientras Riquelme continuaba vociferando, por su mente continuaba imaginándose al enorme hombre caminado con facultad debido a su gran sobrepeso con aquellas dos pequeñas piernas que no le ayudaban en absoluto en su acomedido. Sin darse cuenta, y dejándose llevar, rio grandemente al ver al hombre tropezar en su mente entre el fango.

- ¿De qué te ríes, muchacho? -. Preguntó molesto al ver como se mofaba de él.

El joven quiso contestarle, pero en su mente el hombre continuaba revolcándose dentro de aquella mezcla de agua, mierda y fango mientras que de su boca emergían sonidos parecidos a los que un lechón expulsa mientras es llevado al matadero.

-De nada. De nada- contestó mientras se concentraba grandemente en eliminar aquellas imágenes de su mente para no reírse y molestarlo aún más-. Si- contestó a su primera pregunta-. Si talé los árboles que me faltaban de las jornadas anteriores. Seis árboles, para ser exactos.

Apuntó con su hacha hacia los árboles que había talado.

Riquelme, con una mirada de asombro y asco, observó el trabajo del joven.

- ¿Hoy talaste dieciséis árboles?

El joven, aún con el hacha en el hombro, aplaudió de manera sarcástica al escuchar eso.

-Bravo. Parece que si sabe sumar después de todo.

La cara del capataz adoptó un color rojizo por toda la ira que se creó dentro de él al escuchar cómo se reía en su cara.

<El collar>, se repitió.

Riquelme estaba a punto de comenzar a gritar cuando el joven tomó la palabra.

-Me disculpo por mi comportamiento, señor Trite, <Vaya apellido de mierda>. Usted sabe que solo estoy bromeando. <No lo estoy>. Si me permite, necesito retirarme a mi hogar. Necesito recuperar energías si es que mañana quiere que llegue temprano- le dijo al hombre mientras estiraba sus brazos hacia arriba.

El hombre miró con recelo al joven que ahora bostezaba.

-Mañana te quiero aquí antes del amanecer- exclamó después de mirarlo durante uno segundos en silencio- Es el descanso de Dante y tú vas a talar los árboles de los dos. Veinte árboles te esperan mañana. Los ancianos también sabemos contar.

El hombre hizo un sonido extraño con su boca al terminar aquella oración.

El joven leñador, que seguía luchando por no reírse de las muecas que hacia el Señor Trite al hablar, quiso creer que aquel sonido había salido de su boca, pero no le extrañó en absoluto pensar que probablemente provino de su trasero.

-Supongo que también me tocarán sus veinte Gelds, ¿Cierto? -. Preguntó para distraer sus pensamientos.

El capataz volvió a hacer ese ruido tan extraño.

Esta vez estaba más seguro que había sido su trasero. Nadie con una pizca de salud emitiría esa clase de sonidos por la boca.

-Si fuera por mi te daría veinte patadas en las pelotas-. Contestó ofendido mientras llevaba ambas manos hacia su enorme cintura.

La enorme, sudorosa y velluda barriga del hombre sobresalía por debajo de su camisa. Daba la impresión de que toda aquella grasa quisiera salir de ese horrible lugar lleno de olores corporales asquerosos. Su ropa, al igual que el resto de su cuerpo, se encontraba empapada por el sudor que, para ese punto, parecía una gruesa sábana pegajosa.

-El consejo del Trabajo no estaría muy feliz al saber que les da ese trato a sus queridos trabajadores-. Respondió mientras agitaba su dedo índice hacia arriba y abajo.

-El puto consejo me puede besar el trasero- contestó el hombre.

Al hacerlo, una lluvia de saliva impregnó el rostro del joven.

-La próxima vez que vea a mi amigo Octavio le daré sus saludos con gusto- contestó él mientras limpiaba su rostro con su antebrazo.

Riquelme odiaba que el padre de ese puto muchacho fuera amigo del Rey.

- ¡Mañana a las seis! -. Gritó furioso al verse acorralado.

El hombre dio media vuelta y se alejó rápidamente entre los arbustos por los cuales había llegado.

El joven soltó una enorme carcajada, sin pena alguna, al ver como su capataz forcejeaba torpemente para tratar de apartar las ramas que estorbaban su paso.

Cuando el voluptuoso hombre y su fastidiosa respiración abandonaron la serenidad del bosque, el joven leñador se limpió el sudor de la cara una

vez más con el trapo que seguía en su mano. Levantó su rostro y miró hacia el cielo. Faltaban menos de tres horas para que el sol se ocultara.

- Quiero darme un baño-. Se dijo a sí mismo.

Una débil brisa sopló a través de las ramas de los árboles, haciendo que estas se agitaran un poco. Antes de retirarse por fin a su hogar, hecho un último vistazo hacia el lienzo de árboles muertos.

<Yo hice todo eso>

Una sensación de orgullo propio lo invadió por completo al pensar que si servía para algo después de todo.

-Como quisiera volver a mi pasatiempo de antaño...

De pronto, una voz proveniente desde su espalda calló sus remembranzas.

-Isaac.

Se cuerpo se llenó rápidamente de alegría al escuchar aquella dulce voz. Su corazón palpitó con rapidez y un pequeño nudo se creó en su garganta.

Sin pensarlo dos veces, giró sobre sus pasos y observó, frente a él, como aquella hermosa mujer se encontraba de pie mirándolo con una bella sonrisa en su rostro.

- ¿Otra vez hiciste enojar al Señor Riquelme? -. Le preguntó ella.

Al ver como el joven asentía apenado, las comisuras de sus labios se alzaron aún más.

Él se quedó estático. Contemplando fijamente como aquella joven caminaba lentamente hacia él sin dejar de sonreírle.

- ¿Cómo estás, niña? -. Le preguntó mientras acariciaba con delicadeza su mejilla con su dedo índice una vez que se estuvieron cerca el uno del otro.

La joven se ruborizó al instante cuando sintió aquella caricia tan dulce sobre su piel. Esa fue su manera de decirle: "Estoy bien ahora que estoy contigo.

Moa Kikuchi era la única luz de esperanza y felicidad que había tenido en los últimos meses. Él solía describirla como una flor hermosa y delicada, única entre el jardín de Valder. Aquella jovencita de carácter humilde, apasionado y sentimental tenía veintidós años edad, solo dos menos que Isaac, el joven que continuaba acariciando su piel. Su estatura no sobrepasaba el metro cincuenta y uno. Era muy delgada y su piel era color blanco como la seda. Su larga cabellera era color marrón y en ese momento estaba peinado de una manera que Isaac adoraba; dos colas de caballo en los laterales de la cabeza y el fleco peinado hacia abajo, cubriendo completamente su frente. Sus ojos, rasgados por haber nacido en el continente de Córdoba, al este de Hinode, eran del mismo color que su cabello y en ellos se reflejaba el cariño que tenía hacia aquel joven tan alto que estaba muerto de nervios. Sus labios eran carnosos y color salmón. Su nariz era larga y muy delgada, como las columnas del palacio de Olivo. La piel de su cara era completamente suave y sin ninguna imperfección. También se podía apreciar un pequeño lunar en su pómulo izquierdo.

- ¿Qué sucede? -Preguntó ella al ver como Isaac luchaba por decir algo.

El joven acercó su rostro al de ella unos centímetros. Pudo contemplar, sin dificultad alguna, los poros de su piel.

Ella, al entender lo que él quería hacer, no hizo más que mantener sus ojos sobre los suyos.

El tiempo transcurría, pero Isaac no hacía nada.

-¿Qué sucede?- le volvió a preguntar ella, esta vez con un tono de voz muy cariñoso.

-Nada- contestó él después de haberse dado por vencido una vez más por besarla.

Debido a ello, Isaac se sonrojó un poco y trató de disimularlo con una tos falsa, lo cual le causó ternura a Moa, y eso, a su vez, causó que ambos se sonrojaran aún más.

Isaac Hudtler nunca estuvo feliz ni conforme con el rostro que el espejo reflejaba cuando se miraba en él. No entendía como era posible que una chicha tan hermosa como ella sonreía de aquella manera tan especial cuando lo veía.

Él era muy alto, y a pesar de su musculatura, se le veía delgado. Su cabello, marrón oscuro, solía peinarlo hacia atrás. En ese preciso momento contaba con rastros de tierra y pequeños trozos de ramas sobre él. Los laterales y la parte posterior de su cabeza estaban completamente rasurados. Él mismo se había encargado de hacerlo con ayuda de una navaja afilada. Normalmente se veía bien, solo que el sudor no le favorecía en ese momento.

Moa continuaba mirándolo fijamente mientras Isaac luchaba por ocultar sus intenciones. Hubo intercambio de risas nerviosas, intentos por tomar la mano del otro, incluso hubo un pequeño momento en el cual y por poco se abrazan.

Sintiéndose tonto y patético, le hizo saber a Moa que se encontraba cansado. A lo que ella asintió ante la propuesta de regresar al pueblo. El camino hacia Blackwood, lugar donde Isaac ha vivido los últimos tres años, fue ameno, tranquilo y divertido, pues las miradas, los roces de piel y las constantes risas que los jóvenes enamorados se lanzaban entre si no hacían más que aumentar. Hubo un momento, inolvidable para Isaac, en el que Moa, fascinada a la par que divertida, vislumbró un hermoso, rechoncho y pequeñito conejo albino emerger del bosque. Ella, sin cuidado alguno, corrió hacia el animal, como quien corre a abrazar a un familiar. El conejo, que hasta hace un segundo masticaba una hoja, huyó rápidamente al percibir lo que para él significaba peligro. Isaac, por otro lado, se encontraba hipnotizado por la piel que ocultaba el vestido color carmín de Moa. Miraba sus piernas. Miraba el contorno de sus muslos. Fantaseaba con su desnudez. Fantaseaba con poder besarla y poseerla al igual que en sus sueños. La pobre joven, feliz pese a la desilusión que le causó el haber espantado al animal, miró nuevamente hacia Isaac y, al notar en sus ojos aquello que pensaba, le lanzó una mirada sumamente seductora que envolvió al joven con un espasmo que recorrió desde su corazón hasta su entrepierna.

<Este momento es hermoso>, pensó él, <Tú vuelves mi misera existencia en algo hermoso>

Sonrió, de manera involuntaria, al recordar que lo que vivía no era un sueño. Al recordar como sus suplicas por amor, felicidad y cariño al fin habían sido contestadas.

Moa caminó, aún nerviosa, de vuelta a su lado. Isaac la miraba acercarse mientras balanceaba su hacha de un lado hacia otro en un intento de hacer desaparecer los cosquilleos que sus pensamientos le provocaban.

Estando nuevamente el uno al lado del otro, prosiguieron su camino.

- ¿Qué te dijeron el señor y la señora Kikuchi?- le preguntó Isaac después de casi un minuto, rompiendo el silencio.

Caminaban tranquilamente entre los árboles y arbustos que llevaban hasta el pueblo. La luz del sol iluminaba la piel blanca de los jóvenes y las mariposas volaban cerca de ellos.

-Ya sabes cómo son- le contestó mientras miraba hacia las ramas de los árboles- Mi papá es un cascarrabias y mi madre es una paranoica. Pero después de tres horas de platica, pude convencerlos- le confesó con aquella hermosa sonrisa.

-Qué bueno. Estaba muy nervioso-. Contestó él aliviado.

-Yo también, Isaac- le confesó ella- Tengo muchas ganas de volver a Skywind y contemplar el mar una vez más.

-Extraño ir a Camber, Moa. Extraño ver ese mar.

La nostalgia de las palabras de Isaac conmovió a la joven.

-Si mal no recuerdo, era lo único que hacías- le dijo entre risas- Nunca entrabas a clase.

Isaac, al escucharla, rio grandemente.

-No me lo recuerdes. Me vas a hacer llorar.

Moa lo miró con desaprobación al escuchar aquello. A lo que Isaac volvió a reír.

Al escuchar su risa, Moa perdió la serenidad por completo. Su piel se volvió de cristal de un momento para otro y su corazón palpitó con ímpetu. Sin poder contenerse más, extendió su mano izquierda hasta la mano derecha de Isaac, pero al sentir sus yemas tocando su piel, la apartó de inmediato.

Él, al sentir aquella caricia, sintió como una chispa de tranquilidad brotaba en su alma.

<Debo tomar su mano>, se dijo, <Debo tomar su mano y hacerle saber el cariño que le tengo>

Mientras Isaac encontraba el valor para tomarla de la mano, ella se adelantó a él y volvió a llevar su extremidad hacia la suya. Sujetando finalmente su mano con fuerza. El joven pudo sentir el calor que su pequeña y suave extremidad irradiaban. Su corazón se aceleró. El tiempo parecía transcurrir de manera lenta. Sus dedos, largos y delgados, se entrelazaban con los de ella como la espuma del mar cuando es azotado por una enorme ola. Para cuando se dio cuenta, ambos ya habían avanzado otros doscientos metros. Continuaban tomados de la mano.

Podía incluso notar por el rabillo del ojo como ella sonreía sin poder evitarlo. En ese preciso momento, Isaac se prometió a si mismo que nunca iba a volver a soltar su mano. Ni aunque su vida dependiera de ello. No iba a permitir que nadie destruyera lo que estaba por crear. Mientras

continuaba sumergido en sus pensamientos, y para sorpresa suya, Moa se detuvo, haciendo que él, llevando ahora la delantera, se quedara con el brazo estático.

-¿Qué sucede?- le preguntó él.

No hubo respuesta por parte de Moa. Mantenía la mirada baja y las mejillas coloradas.

-¿Qué sucede?- volvió a preguntar él. Esta vez con algo de preocupación. Moa no contestó, en lugar de eso, lo jaló hacia ella con el brazo con el que aún lo sujetaba. Cuando estuvo lo suficientemente cerca, lo abrazó con fuerza y lo miró fijamente a los ojos. No le decía nada, pero la mirada delataba sus intenciones.

<Bésala, imbécil>, pensó él, <Prácticamente te lo está rogando>.

-Moa... -. Iba a decir algo, pero al percatarse del hermoso y reluciente brillo que desprendían sus ojos, optó por cerrar la boca.

Se inclinó hasta tener sus labios a la altura de ella. La joven, al darse cuenta de lo que estaba haciendo, levantó la cabeza para estar un poco más cómoda. Los dos se acercaron lentamente, y después de cuatro meses, al fin se besaron.

Isaac sentía como sus labios bailaban suave y dulcemente con los de ella. La sensación de humedad y calor le provocó una erección que aumentaba a cada segundo. Ella, por el contrario, sentía como su zona pélvica se humedecía.

Isaac había besado a unas cuantas mujeres en su vida, pero jamás había tenido aquella sensación. Era dulce como comer miel y caliente como las brasas de una hoguera. Completamente excitado, dejó caer el hacha hacia el suelo. Tomó a Moa de las mejillas con ambas manos y la besó con mucha más pasión. Ambos parecían dos adolescentes con la necesidad de quitársela la ropa y juntar sus cuerpos desnudos para buscar el placer carnal. Al terminar aquella danza húmeda se miraron a los ojos durante un largo periodo de tiempo. Les era imposible dejar de sonreír. Isaac, sintiendo el latir de su corazón tan cerca del suyo, besó tiernamente su frente. Aquello provocó un nudo en la garganta de la joven, la cual, al verse amenazada por el llanto, abrazó con fuerza al joven. Al hacer aquello, pudo sentir la erección del joven muy cerca de su pelvis.

Se quedaron ambos quietos, abrazados, sintiendo la respiración agitada del otro.

- Quería esperar hasta estar en Skywind. - Confesó Isaac rompiendo el silencio.

-Lo sé-. Contestó ella de manera jocosa.

-Tenía tantas ganas de hacerlo-. Le dijo mientras aumentaba la presión con la que la abrazaba, teniendo cuidado para no lastimarla.

Un colibrí paso volando rápidamente a uno metros de ellos y se perdió entre las copas de los árboles.

-Lo sé- repitió ella completamente sosegada por el calor que irradiaba la respiración de Isaac-. Yo también tenía muchas ganas de que lo hicieras. Los jóvenes se separaron. Isaac levantó su hacha del suelo y ella sujetó su mano una vez más. Siguieron caminando en silencio, pero sin poder eliminar la felicidad interna, hasta que entraron en el pueblo de

Blackwood.

Las pocas familias que habitan ese pequeño pueblo maderero se dedicaban a la caza o la tala de árboles, pues Blackwood es la mayor productora de madera de Lucero del Alba gracias a que se encuentra muy cerca del bosque más grande del continente, el Bosque de Robsten. Hasta hace unos años, ese bosque era temido por todos debido a que en él se podían encontrar todo tipo de bandidos, depredadores y algunas bestias que causaban pesadillas tanto a los niños como a los adultos. Pero en los tiempos actuales, el gobierno de Octavio ha sabido lidiar con esos tres problemas.

En la entrada al pueblo se podía apreciar un arco fabricado con la propia madera del bosque que muy apenas superaba los cuatro metros de altura. Sobre él, escrito con varillas de acero, se podía leer: "Blackwood". Las letras que recorrían aquella rugosa superficie se encontraban desgastadas y sucias, pues nadie se preocupaba por darle el mantenimiento que necesitaba. El pueblo contaba con un aserradero enorme para trabajar la madera, el cual se encontraba justo en la entrada al mismo, y con un molino de agua en un pequeño lago cercano a la destilería ubicada al oeste de Blackwood.

Mientras caminaban por los senderos, Isaac se percató de como su compañera miraba fijamente a las familias que pasaban tranquilamente el día en el balcón de sus cabañas. En uno de ellos se apreciaba como una madre se mecía lentamente sobre una mecedora al mismo tiempo en que tejía un abrigo color azul. Frente a ella, sentados en el piso, dos niños escuchaban atentos como su madre les relataba una historia acerca del padre que jamás conocieron. En otra de las cabañas, robustas como las propias montañas de Jaswinder, se encontraba una pareja de ancianos sentados sobre una banca, tomados de la mano y platicando sobre su vida.

Moa esbozó una pequeña sonrisa al imaginarse que algún día podría llegar a esa edad con Isaac.

Cada una de las cabañas que se encontraban a su paso estaban fabricadas con la madera que obtenían de los árboles y pinos de ese mismo bosque. Se trataba de una madera muy robusta que mantenía un ambiente cálido durante el invierno.

Tras caminar unos minutos entre el sendero de tierra y césped, y dejando atrás una pequeña taberna donde Isaac solía saciar su hambre, giraron hacia la izquierda al llegar a una esquina. Frente a ellos, del otro lado del camino, se encontraba la cabaña donde Isaac vivía. Se trataba una morada fabricada con tablones de madera vieja. Isaac no estaba para nada orgulloso del lugar donde vivía. Le causaba una pena inmensa que Moa viera el paupérrimo lugar que pudo adquirir gracias al salario de mierda que le otorgaba el señor Trite.

En la entrada de la cabaña se apreciaba, en medio de dos ventanas con los cristales agrietados y sucios, una puerta vieja que daba la impresión de que en cualquier momento iba a colapsar. El techo de la morada estaba fabricado con un tejaban de acero que sobresalía unos cincuenta centímetros hacia la entrada. Creando un pequeño espacio donde se podía

cubrir del sol y del agua. De aquella lamina colgaba un farol viejo y oxidado que muy apenas alumbraba lo suficiente por las noches. Ambos caminaron hacia el otro extremo de la acera, dejando atrás a un grupo de personas que se encontraban haciendo fila para conseguir agua de un pozo que se encontraba en medio del camino. Al llegar al otro lado, Moa se despidió de Isaac con otro beso. Esta vez fue ella la que tomó la iniciativa. Sus labios parecían querer unirse al cuerpo del otro y nunca soltarlo. El calor los inundó nuevamente, pues sus manos acarician la espalda del otro de manera lenta y provocativa. Al darse cuenta de que seguían en público, se despidieron entre risas prometiendo que se verían al día siguiente a la misma hora. La joven le dio la espalda y este la miró fijamente mientras desaparecía entre la gente y las carretas que se movían entre las calles.

Moa vivía al otro lado del pueblo, muy cerca de la Iglesia de Los Peregrinos. En realidad, no estaba muy lejos de su hogar. Siempre la acompañaba, pero en esa ocasión estaba muy agotado debido a la esclavitud de su jefe.

Antes de abrir la puerta y entrar en su hogar, hecho un vistazo a las casas vecinas. Algunas eran más grandes y contaban con flores y arbustos que daban vida al lugar. Mantuvo su mirada fija en aquella niña que pasó corriendo mientras jugaba con su perro. A los pocos segundos, la señora Rotyh pasó frente a su casa y le saludó. La mujer llevaba una cesta en su hombro derecho. Dentro de esta se podían apreciar algunas frutas y barras de pan blanco.

Cuando estuvo solo, un dolor emergió de su cabeza.

<Necesito comer algo o me voy a desmayar>.

Aún quedaban unas tres horas de luz natural. Apartó su mirada de aquel hombre que cargaba dos cubetas llenas de agua y sacó la llave que tenía en la bolsa de su pantalón. Introdujo en la cerradura oxidada y abrió la puerta.

-Menuda mierda-. Exclamó al entrar.

Las palabras retumbaron en la madera vieja.

A pocos centímetros de la entrada se encontraba una mesa con restos de alimento del desayuno: una cáscara de plátano y una manzana a medio comer. Una de las patas de la mesa era más corta que las demás y eso provocaba que esta se tambalea cada vez que se sentaba a comer. En el suelo había ropa tirada. No sabía distinguir si estaba sucia o limpia. En un rincón a la derecha, debajo de las alacenas donde guardaba su comida, estaban acomodados tres barriles de madera. No sabía que había en aquellos barriles y no sabía si quería averiguarlo. El lugar estaba lleno de polvo y se respiraba un ligero aroma a sudor.

Solo había tres habitaciones en su cabaña; el salón, una recámara con una cama dura y vieja, y el cuarto donde se aseaba.

Cerró la puerta y al mirar al hacia el suelo, contempló que tenía correspondencia. Levantó los sobres y sin mirarlos, los colocó en la mesa junto a la cáscara de plátano. Hizo lo mismo con su hacha. Se dirigió hacia una de las ventanas y la abrió para que el lúgubre lugar se refrescara un poco. Respiró un poco del aire puro que entró por la ventana.

<Debería ir por agua>, pensó mientras veía como dos hombres discutían frente al pozo.

Caminó hasta su habitación, empujó la puerta con fuerza y contempló el asqueroso lugar donde acostumbraba a dormir. Una cama vieja de paja, una mesa de noche y un armario pequeño en uno de los rincones era lo único que decoraba aquel lugar. Las tablas del suelo parecían que en cualquier momento se iban a quebrar. Se le notaban un poco hinchadas debido a la humedad que se había impregnado a ellas durante el paso del tiempo.

Un poco desilusionado por haber vivido en aquel lugar durante los últimos tres años, se desnudó con la intención de lavar su cuerpo. Lanzó la ropa sudada a la cama, dio media vuelta y miró como en uno de los marcos de la puerta una pareja de cucarachas corría asustada.

<Nota mental. Buscar otro lugar en el cual tener intimidad con Moa>, pensó.

Salió de la habitación y entró en el baño. De un brinco, se metió en una bañera improvisada que había fabricado en sus tiempos libres con la madera que sobraba del aserradero. La bañera estaba vacía. A un lado de esta se encontraba un enorme balde repleto con agua vieja de hace cuatro días. Tomó un recipiente que se encontraba flotando sobre el agua y lo utilizó para verter el agua directo en su cabeza. El líquido estaba fresco. Sintió un gran alivio cuando la tierra y el sudor comenzaron a desprenderse de su cuerpo. Utilizó un jabón color rosa que Moa le había regalado para lavar su piel y su cabello. Después de terminar de asearse, salió de la tina y se dirigió a su habitación dejando un camino de agua que escurría de su cuerpo desnudo. Al entrar a su cuarto, miró nuevamente hacia la pared en busca de las cucharas, pero estas ya no estaban.

<Espero que no estén entre mis sábanas>.

Se acercó hasta el armario y lo abrió rápidamente en busca de ropa que ponerse.

- ¡PUTA MADRE! -. Gritó furioso cuando una de las puertas de aquel objeto viejo se desprendió de sus bisagras.

Tomó el trozo de madera en el aire antes de que cayera al suelo y lo lanzó con rabia hacia un extremo de la habitación. El rectángulo se estrelló contra la pared y agrietó los troncos viejos.

- ¡Put a madre! -. Repitió.

Estaba muy molesto por la vida de mierda que tenía que soportar día tras día.

Exhaló todo el aire que pudo para tratar de calmarse. Tomó una toalla color verde que estaba en el fondo del armario y secó su cuerpo. Se vistió con la primera ropa limpia que tomó del armario, o al menos él creía que estaba limpia.

Una vez aseado y cambiado, se dirigió hacia el salón. Tomó la correspondencia que había dejado en la mesa, un trozo de pedernal, y se dirigió nuevamente a su habitación. Lanzó la ropa que había colocado en la cama hacia el suelo y se recostó en la cama. Extendió las piernas, colocó las cartas en su pecho, tomó una vela que descansa sobre la mesa de noche y utilizó el pedernal para encenderlo. Una vez el fuego iluminó el

lugar, se dispuso a leer las cartas.

La primera de ellas era una invitación por parte de Octavio a una cena en el palacio de Olivo. Sintió un gran alivio cuando leyó la fecha de la invitación. "Cuarto día del mes del Sol".

-No recuerdo haber visto esta carta en el suelo- Se dijo.

Sin tomarle más importancia, pasó a la siguiente carta. Esta vez se trataba de una carta enviada por su hermano. En ella le explicaba que se iba a otro continente a estudiar. Le confesó que sentía un enorme miedo y que, pese a siempre demostrar lo contrario, iba a extrañar a sus padres. Isaac se llenó de un inmenso orgullo al leer la firma al final del todo: "M. Hudtler".

<Al menos tú si eres un orgullo para la familia>, pensó.

Recordó, mientras guardaba la hoja de papel de nuevo dentro del sobre, aquellas ocasiones cuando solía platicar de tonterías junto a su hermano cuando ambos visitan "El Nido".

<Que bueno que nunca formaste parte de eso..."

La última carta ni siquiera la abrió. No ponía fecha ni lugar, lo único que se podía leer era "S.M." en tinta negra y en letras cursivas. Aquellas iniciales habían sido escritas con un pulso impresionante.

Se quedó estático mirando el ejemplar.

- ¿Ahora qué quieres? - exclamó muy molesto al ver como seguía insistiendo en buscarlo-. ¿No te basta con haberme arruinado la vida una vez?

Tomó la vela y quemó la carta sin leer el contenido, de la misma manera como lo hizo con las primeras dos que aquella persona le envió.

El recuerdo de aquella persona destruyó el poco sosiego que había en él. Lanzó las cartas restantes hacia el suelo, maldiciendo el pasado. Todas aterrizaron sobre la puerta del armario que no tenía pensando levantar. Colocó ambas manos entre su nuca y la almohada, y miró el techo de lámina, buscando cualquier cosa para eliminar el rostro de aquella persona.

-Esta mierda se caerá en cualquier momento-. Exclamó en voz alta al ver los trozos de acero oxidados que sostenían la loza.

Estuvo en silencio durante quince minutos tendido en su cama, cansado y con los músculos adoloridos, mirando fijamente hacia el techo, maldiciendo todas aquellas decisiones pasadas que lo llevaron hasta este punto en su vida.

Su estómago le habló, rompiendo el silencio.

-Me estoy muriendo de hambre.

Tenía pensado cenar en la taberna del pueblo, como ya era costumbre. Se imaginó a si mismo bebiendo una buena cerveza mientras comía un lomo de ciervo con verduras. Incluso pasó por su cabeza el llevar a Moa a ese lugar.

Con una sonrisa en su rostro, se levantó de la cama y miró la puerta del armario. Durante un segundo pensó en recogerla, pero su estómago volvió a exigirle que fuera hacia la taberna lo más rápido que pudiera. Salió de la habitación y fue directo a la habitación principal. Pasó sus manos sobre su cabello aún húmedo y lo peinó hacia atrás. Estaba a

punto de tomar el hacha que estaba junto a la cascara de plátano, nunca salía sin ella, cuando una presencia detrás suya lo alarmó.

-Ha pasado mucho tiempo, amigo-. Dijo una voz detrás de él.

Isaac reaccionó al instante ante la voz de la persona que había interrumpido en su morada. Tomó el hacha que había dejado en la mesa y la lanzó con todas sus fuerzas hacia dónde provenía la voz. El arma de hierro oxidado se clavó en el marco de la puerta, solo a unos pocos centímetros del rostro de Francis.

-Qué forma tan peculiar de recibir a tus visitas-. Exclamó sorprendido mientras contemplaba filo del hacha tan cerca de su rostro.

- ¿Qué haces aquí? -. Preguntó Isaac molesto en cuanto reconoció al intruso.

El joven frente a él se le notaba exhausto. Su rostro y su cabello estaban barnizados con grasa debido a un exceso de sudor acumulado en ellos.

- ¿Ni siquiera un hola me merezco? -. Respondió mientras apartaba la mirada del hacha.

Francis estaba cruzado de brazos. Miraba a Isaac muy atentamente. Estaba muy sorprendido del cambio físico que había sufrido su amigo, pero se lo guardó para sí mismo.

- ¿Así que este es el lugar donde vive el primogénito de Kanae? -. Preguntó mientras juzgaba la paupérrima residencia de arriba hacia abajo.

-No lo voy a repetir una vez más. ¿Qué haces aquí?

El intruso apartó la espalda de la puerta y bajó los brazos.

-Eres muy afortunado- Francis había cambiado el rumbo de la conversación-. La chica con la que venias... es de Córdoba, ¿Verdad? Isaac solo esperaba una oportunidad para poder descargar toda la furia que había en él.

-Me alegra que hayas podido encontrar a una mujer tan linda. Yo te lo dije hace mucho: "... hay una mujer para cada Isaac", ¿Recuerdas? -. Se quedó callado después de haber dicho aquello. Miró una vez más el hacha clavada en el marco de la puerta y volvió a cruzar los brazos-. Tu padre te necesita -exclamó después de unos segundos de silencio.

Los ojos de Francis ahora reflejaban nerviosismo e impaciencia.

-Mi padre y tú se pueden ir a la mierda-. Escupió Isaac.

Francis sonrió.

-Sabía que ibas a decir eso. Siempre fuiste tan predecible.

Isaac estaba perdiendo la paciencia por segunda vez en el día. Lo invadió un fuerte deseo de romperle la nariz al que alguna vez fue su mejor amigo.

-Esto es impórtate. Necesitamos que vengas-. Insistió.

-Ya te di una respuesta.

-Isaac. Tú me pediste que jamás te volviera a buscar. ¿Crees que rompería la promesa que le hice a mi mejor amigo por algo que no fuera importante?

-Que mi padre pida mi ayuda no es importante para mí.

- ¿Y la de tu madre?

La mirada de Isaac cambió por completo. Después de unos segundos de

silencio dijo al fin:

-Mi madre lo apoyó. Ella tampoco me importa.

- ¡No seas imbécil! - le gritó-. Tu madre me pidió llorando que te buscara. Necesitamos de ti para encontrar a Kanae.

- ¿Ya buscaste en el trasero de Octavio?

Francis cerró los ojos y se llevó las manos a la frente.

-Mira. Vas a venir. Por las buenas o por las malas. No hay otra opción. Isaac se burló.

-Quisiera ver que lo intentaras.

Francis se acercó rápidamente hacia su amigo. Le apuntó con el dedo índice en la cara mientras hablaba. Isaac no hacía más que mirar fijamente el dedo con el que lo apuntaba, listo para defenderse si era necesario.

- Las cosas en el Nido se salieron de control desde que tú te fuiste. Tus padres, sobre todo Kanae, han estado actuando de manera muy extraña. ¡Todos le temen! ¡Hasta yo! Hace unas horas atacó a un hombre que estaba en la plaza de Ariandel. ¿Sabes qué fue lo que hizo? - le preguntó a Isaac, el cual solo escuchaba en silencio-. Le estampó la nuca contra un puto árbol. Yo intenté hacer algo. Quise detenerlo y él me dejó inconsciente. Cuando desperté ya no estaba. Te necesito para encontrarlo.

Isaac se quedó callado mientras Francis recuperaba el aliento.

- ¿Así que el Nido tiene problemas con mi padre?

<Esta puede ser una oportunidad para enmendar las cosas y para crear un futuro para ella... >.

-Me vas a acompañar. Por las buenas o por las malas -. Amenazó Francis.

<Podría regresar y volver a tomar mi puesto como capitán. Solo de esa manera podría volver a obtener una remuneración monetaria aún más grande. Pero ¿mis padres serían capaces de ignorar las "Inscripciones Antiguas" solo por mí?>

Después de unos segundos de cavilar, Isaac contestó.

-No lo sé hombre. Hace mucho que no veo a mis padres. Ni a nadie del Nido. ¿Cómo se que me van a recibir con los brazos abiertos?

-Isaac- Francis comprendió la incertidumbre en su amigo- Nadie ha cambiado su forma de pensar respecto a ti. Puede que estén molestos por lo que hiciste, pero créeme, todos te extraña. En especial tus padres. Isaac mostró una pequeña sonrisa en su rostro que eliminó de manera rápida.

-Está bien- respondió mientras extendía sus brazos con las palmas abiertas -. Te voy a acompañar. No podré dormir esta noche sabiendo que mis padres están en peligro.

Francis se tranquilizó ante aquella respuesta. Había dado por seguro que lo iba a tener que noquear para llevarlo a la fuerza.

- ¿En dónde está mi padre?

-No lo sabemos.

-Entonces...- Isaac estaba confuso-. ¿Cómo lo vamos a encontrar?

-Hay un rastro de sangre cerca del lugar donde se quedó esperándome tu madre. Quise seguirlo, pero las posibilidades de encontrarlo yo solo eran

pocas.

- ¿Y mi madre esta...

-Cerca de Ariandel.

-Muy bien- Isaac frotó sus manos-. ¿Tienes caballo?

-No. Vengo caminando-. Respondió su amigo.

-Diablos. Yo no he tenido tiempo de comprar uno- Miró hacia el suelo en busca de una solución - Podría decirle a Moa que me preste el suyo.

-No es necesario. No esta tan lejos. Llegaremos en poco más de una hora.

Isaac asintió pese a que no le convencía caminar tanto tiempo.

- ¿Tienes una? - . Preguntó Francis mientras tocaba la empuñadura de la espada que tenía en la cintura.

-No. Tengo algo mejor-. Contestó su amigo mientras arrancaba el hacha del marco de la puerta.

-Oh si- respondió-. Me la presentaste hace unos minutos.

Isaac rio de manera disimulada.

Ambos salieron de la casa y emprendieron su viaje en silencio, mientras la oscuridad comenzaba a cubrir el cielo.

- ¿Qué vamos a hacer con ella? No podemos dejarla aquí. Si pasa alguien y le avisan a la Guardia de Olivo estamos muertos -. Exclamó uno de los orcos asustado.

-Debe de ser alguna de las putas de Octavio. No la van a extrañar-.

Mencionó otro para intentar tranquilizarlos.

- ¿De qué estás hablando? Ella no tiene pinta de ser una de esas mujeres. Mira su cara- señaló a la joven inconsciente-. Se nota que es de la realeza.

-Hay que violarla. Después la aventamos al río y nos vamos de aquí.

Sugirió otro de los orcos.

-Cállense- por fin había hablado el líder que seguía de cuclillas frente a Serana-. No vamos a matar a nadie. Nadie nos va a matar a nosotros y por supuesto, no vamos a violar a nadie.

- ¿Está diciendo que la vamos a abandonar aquí?

Preguntó uno de ellos.

-No- le contestó sin despegar sus ojos de Serana- Esta mujer vale muchos Gelds. El gobierno nos podría dar una fortuna por su lindo trasero.

El grupo de orcos se miró entre si al pensar en todo el aguamiel que podrían comprar con aquel dinero.

-Podríamos divertirnos con ella mientras nos dan el pago-. Sugirió el mismo orco de antes.

El líder abofeteó al sujeto que había dicho aquella sandez.

-Solo piensas en coger. No todo en la vida es meter el pene en alguna cavidad húmeda- los orcos se burlaron de su compañero al ver como sobaba su mejilla lastimada- Nos la vamos a llevar sana y salva. No quiero ni imaginar lo que nos harían los guardias de Octavio si se dan cuenta de que tocamos a una de sus mujeres.

Todos los orcos, salvo el de la mejilla adolorida, estaban a favor del plan de su líder.

-Muy bien. Seri, Lotre- ordenó a los orcos que estaban a su derecha -. Lleven a la mujer a la carreta. Los demás síganme. Tenemos que asegurarnos de que nadie nos haya visto aquí....

El grupo de bandidos que se preparaba para levantar a la joven quedó anonadado al ver como la cabeza de su jefe se convertía en un rompecabezas de sangre y sesos. Una especie de rayo emergió de la espesura del bosque y había hecho explotar la ya inexistente cabeza del orco. Sus esbirros quedaron estáticos y repletos con trozos de carne y sangre. El cuerpo del difunto orco cayó de espaldas. Se podía observar su garanta y parte de su columna vertebral a través de aquella grotesca herida.

- ¡Todos en posición!

Gritó uno de ellos.

-¡Mierda! ¡Mierda! ¡Acaban de matar al jefe! -. Exclamó Seri aterrado.

-¡Busquen a ese hijo de perra y mátenlo!-. Ordenó Lotre al grupo de orcos que no parecían entender lo que había sucedido.

Al escuchar al capitán, los orcos se dispersaron por el bosque en cuatro grupos para buscar al responsable de la muerte de su líder. Dos de estos, siendo jóvenes e inexpertos, empuñaron sus espadas y caminaron temblorosos hacia donde había provenido el rayo. Por otro lado, dos grupos de dos orcos se movieron por ambos laterales para que el agresor no tuviera otra opción más que escapar por atrás. El orco que había dado la orden de dispersarse, Lotre, se quedó junto a Serana.

-Maldita humana, lo único que haces es traer problemas-. La maldijo mientras buscaba monedas de oro dentro de los bolsillos de su líder.

Dentro del bosque, los orcos que se dirigían hacia la dirección del rayo se comunicaban mediante señales con las manos para que los grupos de los costados avanzaran más deprisa.

- ¿Alguien puede ver algo?- preguntó uno de ellos.

-No. No se puede ver nada a través de estos árboles.

La espesura del bosque bloqueaba la luz solar. Les resultaba difícil poder ver más allá de cinco metros sin tener que toparse con alguna rama o con algún montículo de rocas.

Tras avanzar veinte metros, uno de los orcos escuchó un sonido que provenía de uno de los tantos arbustos del bosque. Ante aquella señal de alarma, disparó una de sus flechas sin siquiera pensarlo dos veces. El objeto afilado atravesó el aire en menos de un segundo y se ocultó entre las hojas.

- ¿Le diste? -. Preguntó su compañero que apuntaba con el arco tensado hacia el mismo arbusto.

-Si- contestó mientras se acercaba a la zona del impacto y se agachaba para recoger algo-. Le di a esta maldita ardilla.

El pobre animal muerto tenía clavado la flecha en su estómago.

El orco arrancó la flecha sin mucho esfuerzo y lanzó al animal hacia el mismo lugar de donde la había recogido.

-No se distraigan. Estén atentos a todo movimiento inusual.

Los bandidos despegaron su mirada del suelo y recorrieron el lugar lentamente en búsqueda de aquel enemigo desconocido.

- ¡Ahí! - uno de los orcos señaló a lo lejos- puedo ver algo...

Esas fueron sus últimas palabras.

Un segundo rayo, esta vez mas fino y delgado que el primero, emergió de entre los árboles y atravesó al orco directo en el corazón. El cuerpo cayó inmóvil con un agujero en el pecho.

- ¡Mierda! ¡Mataron a Seri! - exclamó el más joven de todos al observar la mirada de asombro de su camarada caído-. Este sujeto está jugando con nosotros.

Mientras los orcos que estaban en el bosque continuaban buscando a la persona que los estaba matando, Lotre seguía alerta por si el agresor intentaba acercar a Serana.

-Vamos imbécil. Sal de donde quiera que estes.- Susurraba mientras mantenía su mirada en los árboles.

Los segundos pasaron, y al escuchar los gritos de sus compañeros proviniendo del bosque, suspiró de alivio al saber que el enemigo no estaba cerca suya. Rápidamente, envainó su arma y se dispuso a llevar a Serana hacia la carreta para huir de aquel lugar. Flexionó sus rodillas y rodeó la cintura de la chica con sus brazos. De pronto, y para su sorpresa, sintió un calor punzante que se creó en su garganta. No entendía el por qué ahora le costaba trabajo respirar. Aterrado, llevó sus manos hacia la zona afectada solo para sentir como un líquido espeso emanaba con rapidez a través de su piel. El flujo con el que el líquido se derramaba era cada vez mas veloz y con ello, su respiración cada vez mas lenta.

Comenzó a ejercer presión sobre su garganta para detener el derrame, pero le fue imposible. Sin nada mas por hacer, llevó sus ojos hacia la joven tendida en el suelo. Ella estaba despierta y lo observaba con una mirada de asombro. Su piel, al igual que su ropa, estaba cubierta con un liquido color rojo, al igual que aquella daga que sostenía dentro de su puño derecho.

-Aléjate de mí, enfermo-. Exclamó ella mientras escupía algo de la sangre del orco que había entrado en su boca.

Fueron pocos los segundos después de haber dicho aquello para que el orco cayera muerto al suelo. Su ropaje estaba bañado con su propia sangre. Incluso el propio césped estaba cubierto con aquella lluvia rojiza. Serana se tranquilizó un poco al verlo tendido. Intentó levantarse al recordar el peligro, pero el dolor tan agudo de las flechas sobre su cuerpo se lo impidió. Continuaba asustada. Le dolía la cabeza y su visión seguía nublada. Giró su cabeza hacia un lado y contempló un segundo cuerpo sobre el suelo. Intentaba descifrar quien había sido la persona que ahora estaba muerta, pero por más que lo intentaba, no lograba distinguirlo. Entrecerró los ojos para tener una mejor visión y, tras unos intentos, pudo reconocer el cuerpo del orco sin cabeza. Justo en ese momento pudo entender lo que sucedía.

-Justo a tiempo, Delvin.

Con dificultad, y teniendo cuidado para no clavar aún más las flechas en su cuerpo, se arrastró hasta estar cerca del orco decapitado y le despojó de su espada. Cuando tuvo el objeto de piedra en su poder, se recostó con cuidado sobre el césped. Colocó el arma en su tronco y la abrazó con

ambas manos para sentirse segura. Ahora solo tenía que esperar a que Delvin la encontrara.

- ¡Sal de donde estés maldito cobarde! - Gritó uno de los cinco orcos restantes-. ¡Sal para que podamos matarte!

Los bandidos no habían roto sus formaciones pese a las bajas. Los que se encontraban en los costados tenían sus arcos completamente tensos, listos para atacar.

- ¡Ahí está! -. Gritó uno de ellos al ver que alguien salía de detrás de un árbol.

- ¡Levanta las manos hijo de perra! ¡Si haces algún movimiento terminarás lleno de flechas!

La persona que había salido de entre los árboles cubría su cuerpo con una túnica aterciopelada color azul. Aquel ropaje aparentaba estar fabricado con algún metal, pues el brillo que desprendía la hacía ver más costosa de lo que en realidad era. Los orcos continuaban estáticos frente al enemigo. Se trataba de un hombre mayor. Su cabello largo y de color gris. Contaba con una barba muy espesa y del mismo color que su cabello.

-Tranquilos caballeros- les dijo Delvin Samuel mientras levantaba ambos brazos- Lo único que quiero es que me entreguen a la chica. Déjenla ir y no tendré que matarlos.

La voz del hombre era firme y llena de seguridad.

Los orcos rieron ante aquella demanda.

-Somos cinco-recalcó uno de ellos- En el momento que intentes hacer algo mis muchachos te matarán.

-Dame la orden- continuó uno de los arqueros- Dame la orden para disparar. Estoy apuntando directo a su corazón.

El orco, al ver la seguridad que desprendían los ojos de Delvin, extendió su palma hacia el arquero.

-Tranquilo. Baja el arco. Tal vez nos seas de utilidad- ahora le hablaba al hombre- Nos pueden dar mucho dinero por ustedes dos.

-Entonces tendré que matarlos-. Exclamó el anciano al ver oposición en los bandidos.

Al ver que el extraño no obedeció sus órdenes, el arquero disparó su flecha directo al corazón del hombre.

-Muere maldito-. Se burló el atacante mientras la flecha se movía velozmente por el aire.

Delvin, al ver el proyectil acercarse, levantó su brazo izquierdo con la mano extendida y la flecha impactó en ella. Ninguno de los orcos entendió el por qué la flecha desapareció en el momento en que tocó la piel del hombre.

- ¡No puede ser! Este hijo de perra está practicando magia Deddo-. Gritó el orco que había disparado la flecha.

Delvin rio al escuchar eso.

-No es magia Deddo. Que Valder me libre si llegase a usar eso. Su nombre es...- Y mientras decía aquello, el hombre se desvaneció al igual que una columna de humo- ... Ilusión.

Delvin se encontraba ahora situado detrás del orco que disparó la flecha

contra él. El bandido se aterrorizó al escuchar como el hombre le hablaba a la oreja. Quiso tomar una flecha más de su carcaj y tensar su arco, pero el hombre de la túnica fue más rápido. Los compañeros del joven arquero quedaron estupefactos al ver como el anciano rebanaba el cuello del arquero con una daga de hierro. El orco cayó al suelo y, después de unos segundos de luchar en vano por su vida, murió.

- ¡Este hombre viene de Helvet! -. Gritó otro de los pobres orcos.

El anciano de la túnica giró hacia el orco que había dicho aquello, el cual se encontraba inmóvil debido al medio. El bandido, al entender que corría peligro, intentó abandonar el lugar cuanto antes. Pero para cuando dio media vuelta y se preparaba para correr, Delvin extendió una de sus manos en dirección a él. Una vez más, los orcos quedaron perplejos al observar como una llamarada de fuego envolvía a otro de sus compañeros. El orco gritaba horrorizado mientras corría de un lado a otro a la par que las llamas le derretían la piel poco a poco.

Los dos orcos que se encontraban a los costados huyeron del sitio antes de correr el mismo destino que sus camaradas caídos. Dejando solo a Midir, el hermano menor de Lotre. Tras unos segundos de agónicos lamentos, el único sonido que se escuchaba era el de las llamas consumiendo los restos del orco.

-No me das miedo- tartamudeó Midir lleno de miedo-. Mis amigos eran débiles. Yo soy diferente a ellos.

Delvin miraba al joven orco sin empatía alguna. Como si se tratara de un simple insecto.

-Tienes miedo-. Le dijo.

-No tengo miedo. ¡No tengo miedo! -. Gritaba el orco horrorizado.

Delvin sonrió al notar como las piernas del joven temblaban.

-Te voy a contar un secreto- lo miró a los ojos- Hace un momento, cuando la flecha impactó en la palma de mi mano y no me hizo ningún daño. Y también cuando aparecí detrás de tu amigo...

El orco lo interrumpió.

-Eres un demonio, ¡Un demonio!, ¡Eso es lo que eres! -. Le gritaba.

Delvin se estaba cansando de los lloriqueos del pobre sujeto. Tenía que darse prisa y resolver este asunto, pues hacia ya varios minutos que no escuchaba la voz de Serana.

-Si yo fuera un demonio, hubiera arrancado las extremidades de tu cuerpo hace treinta segundos y me las estaría comiendo- le dijo con una voz que casi parecía un susurro-. No soy nadie para decírtelo, ni tu para escucharlo, pero se llama Sombra de luz, y no es, como ya había dicho, una simple ilusión. En realidad, no hay nada frente a ti en este momento. El hombre frente a ti solo es una refracción de la luz del sol y unos colores que provienen de un hechizo aún más simple. De hecho, estoy justo detrás de ti.

El orco, terriblemente asustado, giró su cabeza hacia atrás al escucharlo decir aquello. Supo de inmediato, en el momento en que lo hizo, que había sido un grave error. El hombre que se encontraba detrás suya y el que tenía enfrente eran la misma persona. De pronto, perdió todo el valor que quedaba dentro de él y sus piernas le comenzaron a rogar para que

saliera corriendo y llorando como un niño pequeño.

-Puedo crear los clones que yo quiera-. Susurró el segundo Delvin.

El joven Midir gritó de una manera tan horrible que incluso logró lastimar los tímpanos del segundo Delvin. El segundo hombre intentó tomarlo por los hombros, pero el joven fue más rápido que él. Ambos dos lo miraron huir entre los árboles mientras los gritos se iban haciendo cada vez mas agudos.

Delvin, al ver que ya no había peligro, deshizo el hechizo con el que mantenía con vida a su sombra y comenzó a buscar a Serana. Se movió deprisa entre los árboles mientras gritaba su nombre para que supiera que ya había llegado, pues debido al combate que había librado, no era capaz de recordar la dirección por la cual había lanzado el primero de los relámpagos.

- ¡Delvin!

Pudo escuchar, a lo lejos, como lo llamaba con una voz muy débil.

Corrió deprisa al encontrar el lugar de donde provenía su voz. Apartaba las ramas de los árboles con sus manos y esquivaba cualquier obstáculo que entorpeciera su camino. Después de unos segundos, logró dejar atrás la espesura del bosque. Ahora, frente a él, se encontraba Serana tumbada en el suelo, cubierta de sangre y con una espada entre sus brazos.

También pudo observar en ella dos flechas clavadas en su cuerpo. Una en la pierna y otra en su estómago. Adornando el lugar, también pudo observar a dos de los orcos muertos.

- ¡Serana!

Delvin corrió asustado. Se inclinó hacia ella y colocó ambas manos en sus mejillas.

-Tardaste en llegar-. Le dijo ella con una sonrisa en su hermoso rostro lleno de aquel espeso liquido rojizo.

Su piel estaba muy pálida debido a la perdida continua de sangre.

-Cariño, lo siento. Estos malnacidos casi te tienen.

Delvin luchaba por que su voz no se rompiera.

-Mataron... a Missael. No pude hacer... nada para ayudarlo-. Mencionó con la voz destrozada.

-Tranquila-. Le dijo él tratando de consolarla.

Lo que Serana dijo sobre Missael le rompió el corazón. Aquel hombre era un muy buen amigo suyo. Conociéndolo, debió haber dado su vida por ella. Jamás iba a olvidar ese gesto de bondad.

-Delvin...estaba muy asustada- cada palabra era un esfuerzo extra que le causaba más dolor del que ya sentía-. Me asusté mucho.

Al ya no poder formular oraciones, la joven apoyó su cabeza en el pecho del hombre.

-Tranquila cariño- le dijo Delvin- Aquí estoy contigo. Hay que irnos de este lugar. Tengo que limpiar y curar esas heridas.

-No...si esperamos más tiempo será tarde. Puedo sentir como mi corazón... late cada vez más despacio.

Su voz se volvía casi imperceptible tras el paso de los segundos tan lentos.

Delvin miraba a la joven repleta de sangre. No podía siquiera el pensar en

que su vida amenazaba con terminar.

-Tengo que sacar las flechas antes de curarlas. ¿Estás lista?

Ella asintió.

El hombre respiró profundamente. Recostó la cabeza de Serana en el suelo con cuidado y se dispuso a curar sus heridas. Tomó la flecha por las plumas, aquella que se encontraba en su pierna, y quebró esa parte. Ignorando el quejido de la joven, sujetó con fuerza la parte de la flecha que quedaba dentro de su cuerpo, y, con un movimiento rápido hacia atrás, la logró extraer.

Serana soltó un grito ensordecedor al sentir como su pierna parecía arder de dolor. Las lágrimas cayeron y las maldiciones emergieron de su boca. Al verse desprotegida, sujetó con fuerza la mano del hombre para tratar de aliviar el dolor.

-Ya está- le dijo Delvin- Ahora tengo que curarla.

Lanzó el trozo de madera hacia a un lado y colocó ambas manos en cada uno de los extremos de la herida. Apretó con fuerza, haciendo que ella gritara de dolor una vez más, y se concentró. De pronto, una luz blanca comenzó a brillar por debajo de sus manos. La luz que emanaba asemejaba al brillo del lucero que desprende el cielo al amanecer. Aquel mismo brillo que lastima los ojos de los pueblerinos que osan mirarlo directamente. A los pocos segundos, aquella luz se desvaneció. Viendo que su trabajo estaba hecho, retiró sus manos de la pierna de Serana. En ella no había herida, ni sangre, ni siquiera una pequeña cicatriz.

La joven, pese a ya no haber herida, continuaba sintiendo el dolor en su extremidad.

-Genial. Ahora solo falta una...- exclamó mientras acercaba su mano débilmente hasta la herida de su estómago. La parte trasera de la flecha se encontraba completamente dentro de su cuerpo-. Esta duele aún más... Creo que perforó mi riñón.

Delvin mantenía su mirada en el objeto que sobresalía de su estómago.

-Muy bien- le volvió a decir- Necesito que tomes mucho aire antes de hacer esto.

Ella obedeció.

-Uno... dos... tres.

Esta vez el dolor fue tan intenso que la joven cayó inconsciente.

Al extraer la segunda flecha, Delvin se apresuró a curar su herida como lo había hecho con la primera. Colocó ambas manos en los extremos de la herida, una en su estómago y otra en su espalda, y la curó con su magia. Al terminar, tomó el bolso de Serana y lo colocó en su cuello. Después, levantó a la chica en sus brazos y se dispuso a llevarla hasta su cabaña para que pudiera descansar.

-Ya estás bien- dijo a la chica que dormía en sus brazos-. Ya estoy contigo.

Y sin mirar atrás, dejó aquel lienzo de muerte y sangre lejos de la seguridad de su niña.

Al llegar a la cabaña, llevó a Serana hasta su habitación. Apartó las sábanas de la cama y la recostó con sumo cuidado. Una vez estuvo a salvo, fue hasta la cocina y regresó con un balde lleno de agua y un trapo

color rojo, el cual utilizó para limpiar la sangre seca que aún estaba adherida a su piel. Sin pensarlo dos veces, comenzó a despojar a la joven de su ropa, dejándola completamente desnuda. Lanzó la ropa sucia hacia la canasta y tomó las primeras prendas que encontró dentro su armario. Vestirla fue más difícil de lo que creyó. Suspiró de alivio en cuanto terminó de cubrir sus piernas con aquel pantalón color rosa. Se quedó parado observándola durante unos minutos. Sus manos al igual que sus piernas aún temblaban de miedo. Tomó la con la sábana color amarillo y cubrió a la joven hasta el cuello. Después, palpó su frente en busca de algún indicio de fiebre.

-Estas ardiendo- le dijo- Voy a prepararte un té para cuando despiertes. Antes de hacerlo, la observó otro par de minutos. Ella permanecía quieta. El único movimiento era el de su estómago al respirar. El hombre agradeció al cielo y se acercó hasta su frente, lugar que besó de manera muy tierna.

-Duerme bien, cariño- un nudo se creó en su garganta y las lágrimas descendieron sin piedad-. Yo te protegeré siempre.

La negrura azotaba por completo los caminos de Lucero del Alba. Habían transcurrido más de cuatro horas desde que Francis había partido hacia la cabaña de Isaac. Ahora, ambos avanzaban entre los senderos cubiertos por árboles y montículos de piedras que asemejan a las inmensas montañas que los rodeaban. Solo se escuchaba el sonido de los búhos entre los árboles y el de los grillos cantar. De pronto, un pequeño zorro de pelaje anaranjado corrió asustado al observar a aquellas enormes criaturas que se movían en la oscuridad. Francis lideraba el paso. Se encontraba molesto gracias a que Isaac, a tan solo escasos minutos de haber salido del pueblo, comenzó a quejarse de que tenía hambre y que quería regresar hacia Blackwood para alimentarse en la taberna. Él le negó el derecho de alimentarse, pues era imperativo encontrar a su padre cuanto antes. Así que Isaac, en un acto de rebeldía, se adentró entre la maleza en busca de cualquier cosa que pudiera satisfacer su necesidad de alimento. A los pocos minutos de búsqueda, y seguido por las incesables demandas por parte de su amigo de que se diera prisa, encontró, muy cerca de una enorme atalaya custodiada por decenas de guardias de Olivo, un frondoso manzano, del cual, alegre, arrancó cinco manzanas y se las comió mientras volvían rumbo al camino que llevaba hasta el lugar donde estaba su madre. Y así, después de más de una hora de caminar entre silencio y miradas incómodas, llegaron a su destino. El lugar se encontraba en completa quietud. La fogata estaba apagada y en su interior yacía solamente ceniza. No había rastro alguno de Alexandra. -Aquí estaba-. Francis se acercó rápidamente hasta el lugar donde había visto por última vez a la mujer-. Le dije que me esperará aquí hasta que te trajera.

-Pues yo no la veo por ningún lado-. Recriminó un Isaac que hacia lo posible por ocultar el dolor que la fatiga le producía en su cabeza. Francis, molestó y preocupado, se percató de que cerca del tronco donde había estado la mujer se encontraba ahora una piedra. Pero no era la

piedra lo que llamaba su atención, si no aquello que se encontraba debajo de ella. El joven se inclinó, levantó aquella piedra y tomó un trozo de papel entre sus manos.

- "Encuentren a Kanae"- Leyó en voz alta.

Al terminar de leer, dejó caer la roca hacia el suelo y soltó una bocanada de aire.

-Le dije que nos esperara-. Por su voz se podía notar que estaba muy molesto.

Isaac, al notar que nada estaba sucediendo como su amigo lo tenía planeado, se llevó la mano hacia su rostro y se frotó los ojos. El cansancio lo azotaba cada vez más.

- ¿Sabes qué? Voy a regresar a mi cabaña. Mañana tengo que trabajar muy temprano y no he dormido nada.

Al decir aquello, se acercó hasta Francis. Ignoró la manera en que lo miraba y se limitó a despedirse de él con unos golpecitos en su hombro izquierdo.

- ¿A dónde vas? Te necesito para hacer esto-. Le dijo al joven que se alejaba del lugar.

-Mucha gente necesita muchas cosas-. Respondió sin mirarlo.

Francis, cansado de la actitud de aquel imbécil, caminó rápidamente hacia él. Una vez lo alcanzó, colocó su mano violentamente sobre su hombro y lo giró bruscamente hacia su dirección.

- ¡Deja de hacer eso! -. Le gritó Isaac molestó una vez que lo miró a los ojos.

- ¡No vas a ir a ningún lado! - le escupió-. ¡Es tu padre! ¡Te necesita!, ¡Esta es tu oportunidad para enmendar lo que hiciste hace tres años!

Francis se molestó aún más al darse cuenta de que Isaac lo ignoraba por completo.

- ¡Te estoy hablando! -. Chasqueó sus dedos frente a su cara para llamar su atención.

Isaac se limitaba a mantener su mirada sobre el hombro de Francis.

-Guarda silencio- le susurró-. Date la vuelta lentamente.

La voz de Isaac lo alarmó.

- ¿Qué sucede?

El joven leñador señaló con la mirada para que girara.

Al dar media vuelta, pudo observar lo mismo que Isaac.

-Mierda-. Exclamó Francis con un tono de voz bajo.

-Mierda-. Repitió su amigo.

Delante de ellos se encontraba una criatura proveniente de lo más recóndito del bosque. Se trataba de una enorme bestia a dos patas. Su pelaje era de un color verdoso y su estatura superaba los dos metros de altura. Los colmillos que se alcanzaban a ver a tras de su inmensa boca podían llegar a ser incluso más afilados que las propias espadas de los guardias de Olivo. Respiraba de una manera muy agitada mientras mantenía sus amarillentos ojos clavados en aquellos dos jóvenes, esperando la oportunidad para asesinarlos.

Ariandel

Escasos minutos antes de la medianoche.

-Rodolf. No hagas esto-. Insistía la mujer.

- ¿Por qué?-. Preguntó su esposo.

-Tú lo viste. Esa gente es peligrosa.

Dentro de una las cabañas del pueblo, un hombre y su esposa discutían debido a los acontecimientos sucedidos en la plaza central.

- ¿Por qué nunca puedes estar de mi lado? -Preguntó el hombre ofendido-. Ese hombre solo quiere se seamos salvos.

-No seas necio viejo tonto- La mujer estaba perdiendo los estribos ante la negligencia de su marido -¡Es una maldita secta! ¡Es un maldito demonio!

- ¡No es un demonio! - el hombre alzó la voz-. Son mentiras. Tú lo oíste.

-Viejo crédulo. No tienes que hacer caso a todo lo que dice la gente. Y menos a un hombre en una plaza.

-¡Maldición! ¡Tú lo oíste!- le repitió por enésima vez-. El gobierno nos manipula. Lo único que quieren es tenernos de esclavos.

- ¡Es un maldito demonio!-. Le gritó ella, dejando la habitación sumida en el silencio.

El hombre percibió la enorme incredulidad con la que su mujer lo miraba.

-Cariño, lo que ese hombre nos dijo- comenzó a decirle con una voz muy suave para que su esposa se tranquilizara y así poder convencerla-. "Él los salvara". Eso es lo que necesitamos.

El hombre se acercó hasta ella y la tomó de las manos.

-Tú nunca creíste en esas cosas- le contestó ella- La religión siempre te pareció una tontería.

-Ya lo sé, pero...- El hombre hizo una pausa y, sin soltar a su mujer, miró a la niña de tres años que observaba como sus padres discutían-. Quiero que esté a salvo- ahora miró a los ojos de su esposa- Quiero que ambas estén a salvo. Y si su seguridad significa creer en algo que es absurdo para mí... créeme que lo haré sin dudar. ¿Sabes por qué?, Porque quiero que seamos felices y salgamos a la calle sin miedo. Porque las amo a las dos- ahora la tomó por la mejilla-. Yo sé que esto es bueno. Esto es lo que necesitamos. Necesitamos entregar nuestras vidas a un dios.

La mujer no pudo impedir el llanto al escuchar a su marido tan preocupado por ellas.

-Pero... ¿A Bethuz?

-Si. A él es el único de debemos seguir. Ahora lo entiendo.

- ¿Por qué?

-Antes de casarnos, tu padre me hizo prometerle que entregaría tu alma y la de nuestros hijos a los brazos de alguna divinidad. Pues él tenía miedo de que se perdieran en el abismo como tantas otras lo han hecho a lo largo de la vida. Durante estos años, no he podido sacarme de la cabeza aquella promesa. No he dormido en mucho tiempo. El miedo de que les suceda algo me mantiene despierto- en su voz se notaba la impotencia- Hace unas horas, cuando ese hombre nos hablaba, vi en sus ojos la mirada de tu padre. Tu padre nos está hablando desde el más allá- exclamó sin titubear-. Nos habló a través de ese hombre. Él jamás nos mentiría.

La mujer, al recordar a su padre, asintió a su esposo y le mostró una

sonrisa. Estaba muy feliz de que él por fin haya aceptado el hecho de que sin fe en su corazón la vida no es nada. Y eso la hacía la mujer más feliz del mundo.

-Tienes razón. Mi padre jamás nos mentiría. Debemos obedecerle.

Tenemos que entregarnos a él. Solo así nuestra niña podrá llegar a ser una mujer de bien. Al igual que su abuela.

El hombre abrazó a su mujer y llamó a su hija. Estando ahora los tres juntos se sentaron a la mesa. El hombre colocó la vela en medio de esta. Miró a su familia una última vez y se dispuso a encenderla.

-Espera-. Lo interrumpió su esposa antes de que lo hiciera.

La mujer se levantó de la mesa y cerró la ventana de la cocina que daba hacia el jardín trasero.

-No debemos dejar escapar ninguna bendición-. Le recordó con una sonrisa.

El hombre le sonrió de vuelta y se decidió a encender aquella vela que les fue regalada. La pequeña llamarada de luz iluminó la humilde cabaña donde aquella familia vivía. Los tres se tomaron de la mano mientras el calor emanaba del centro de la mesa. Tras un par de segundos, el hombre comenzó a rezar.

- ¡Oh gran Bethuz! Te ruego que bendigas este hogar. Te entrego la vida de mi familia- sus palabras eran dichas con una enorme convicción que supuraba de su alma- ¡Cúidala!, ¡Lléнала de tu bendito amor y misericordia! ¡SEÑOR! ¡Entra en esta casa!...

Mientras el hombre rezaba, el humo de la vela llenaba poco a poco el hogar de aquella incrédula familia. Recorría todos los cuartos, la sala, pasaba por las paredes, por los cuadros que estaban colgados en ellas. No hubo un solo sitio de aquel lugar donde el humo no impregnó su bendición. La bendición del Señor Oscuro Bethuz, gobernante del reino de Helvet.